



Joseph Conrad

El regreso

El tren de la ciudad, que surgía impetuosamente de un negro agujero, irrumpió en la tiznada luz crepuscular de aquella estación del oeste. Se abrió una lila de puertas y una multitud de hombres se precipitó de cabeza hacia afuera. Llevaban sombreros de copa, abrigos oscuros, botas brillantes, y lucían distinguidos rostros pálidos; sostenían en las manos enguantadas finos paraguas, y doblaban con premura diarios vespertinos, semejantes a tiosos harapos sucios, de un color verdusco, rosáceo o blancuzco. Alvan Hervey salió con los demás, con un cigarro puro ardiendo entre los dientes. Una mujercita, a la que nadie prestaba atención alguna, vestida de un negro desteñido, llenos los brazos de paquetes, corrió desolada, lanzándose dentro de un compartimiento de tercera, y el tren siguió adelante. El golpe de las puertas al cerrarse estalló violento y despechado, como una descarga de fusilería. Una fría corriente de aire, mezclada de humos acres, barría la extensión toda del andén, y obligó a un viejo tembloroso, envuelto hasta las orejas en un

tapabocas de lana, a detenerse entre la masa ambulante para toser violentamente sobre su bastón. Nadie le concedió una mirada.

Alvan Hervey atravesó la verja. Por entre los muros desnudos de una sórdida escalera subían hombres rápidamente; sus espaldas se parecían unas a otras; casi como si vistieran todos un mismo uniforme; eran variados sus rostros indiferentes, pero, inexplicablemente, sugerían cierto parentesco, como si fuesen los rostros de una banda de hermanos, que, por prudencia, dignidad, desagrado o cálculo, se ignoraran con resolución unos a otros; y sus ojos, vivaces o apagados; sus ojos que miraban a lo alto de las sucias gradas; sus ojos, castaños, negros, verdes, azules tenían todos la misma mirada, concentrada y vacía, satisfecha e irreflexiva.

Pasada la amplia puerta que llevaba a la calle, se desparramaron en todas direcciones, alejándose de prisa unos de otros con el aire presuroso de hombres que huyeran de algo comprometedor; de cualquier familiaridad, de alguna confianza, de algo sospechado y encubierto, como la verdad o la peste. Solo, cerca de la puerta, Alvan Hervey vaciló por un instante; luego decidió encaminarse a su casa. Marchaba con pasos firmes. Una ligera llovizna caía como polvo de plata sobre ropas y bigotes, mojaba los rostros, barnizaba las losas, oscurecía los muros, chorreaba de los paraguas. Y él iba bajo la lluvia con indiferente serenidad, con el tranquilo desenfado del triunfador, desdeñoso, seguro de sí mismo; un hombre rico en dinero y amigos. Era alto, bien conformado, guapo y sano; y su claro rostro pálido mostraba, bajo su vulgar refinamiento, ese ligero matiz de despótica brutalidad que se adquiere con la obtención de fines sólo en parte dificultosos; con sobresalir en los deportes o en el arte de hacer fortuna; con un fácil dominio sobre los animales y sobre hombres necesitados.

Se dirigía a su casa mucho más temprano que de costumbre y sin pasar por su club. Se consideraba bien relacionado, bien educado e inteligente. ¿Quién no lo siente? Pero sus relaciones, su educación y su inteligencia eran estrictamente iguales a las de los hombres con quienes realizaba sus negocios o se

divertía. Se había casado cinco años antes. Por aquel entonces, todos los que lo conocían afirmaron que se hallaba muy enamorado; y él lo había anunciado así, francamente, porque es muy bien sabido que todo hombre se enamora una vez en la vida... a menos de que muera la esposa; entonces será muy encomiable enamorarse una vez más. La joven era sana, alta, bonita y, en su opinión, bien relacionada, bien educada e inteligente. Ella se sentía intensamente aburrida en su hogar, en donde, como encerrada en una caja hermética, su personalidad –de la que se mostraba muy consciente– no podía revelarse. Caminaba como un granadero, era fuerte y recta como un obelisco, tenía un rostro hermoso, una Cándida frente, ojos puros y ni una sola Idea propia en la cabeza. Alvan se rindió pronto a tales gracias, y le pareció tan indiscutiblemente bondadosa, que no vaciló un momento en declararse enamorado. Protegido así por aquella poética y sagrada ficción, Alvan la deseaba imperiosamente por varias razones, pero, más que nada, por la satisfacción de ver cumplido su capricho. Sobre esto se mostraba muy pesado y solemne... sin razón humana alguna, a menos que no fuese la de ocultar sus sentimientos..., lo cual es eminentemente correcto. Con todo, a nadie hubiera disgustado al no cumplir con tal deber, pues el sentimiento que lo animaba era en realidad un afán, un anhelo más fuerte y un poco más complejo, sin duda, pero no más censurable, por su naturaleza, que el apetito de un hambriento ante una cena. Después de su matrimonio se ocuparon, con singular éxito, en ampliar el círculo de sus amistades. Treinta personas los conocían de vista; veinte más toleraban, con sonrientes demostraciones, su presencia ocasional dentro de hospitalarios umbrales; cincuenta más, por lo menos, sabían de su existencia. Agitábanse, en su ensanchado nuevo mundo, entre hombres y mujeres perfectamente deliciosos, que temían más a una emoción, al entusiasmo o al fracaso, que al fuego, a la guerra o a alguna mortal enfermedad; que permitían apenas las fórmulas más comunes de los más comunes pensamientos, y sólo reconocían hechos lucrativos.

Era la suya una esfera en extremo encantadora, el refugio de todas las virtudes, en donde las gentes de nada se hacen cargo, y en donde toda alegría y toda pena se atenúan cautelosamente, convirtiéndolas en goces y en molestias. En esta serena región, pues, en la que se cultivan nobles sentimientos en profusión suficiente como para ocultar el cruel materialismo de ideas y aspiraciones, Alvan Hervey y su esposa pasaron cinco años de prudente felicidad, que jamás turbó ninguna duda sobre la moral rectitud de su existencia. Ella, para dar libre cauce a su personalidad, emprendió todo género de obras filantrópicas. Se hizo miembro de varias sociedades reformistas y protectoras, patrocinadas o presididas por señoras de la nobleza. Alvan, por su parte, se interesó vivamente en la política, y habiendo conocido a un literato – quien tenía parentesco con cierto conde–, se vio inducido a prestar su apoyo económico a un moribundo periódico social. Tratábase de una publicación semipolítica y en absoluto escandalosa, a la que salvaba una excesiva pesadez; y, como carecía por completo de todo credo, como no contenía un solo pensamiento nuevo, como nunca, ni aun por casualidad, mostraba en sus páginas un chispazo de ingenio, de ironía o indignación, Alvan lo consideró, desde luego, suficientemente respetable. Más tarde, cuando el periódico dejó utilidades, decidió que, bien mirado, aquel negocio era virtuoso. Al propio tiempo pavimentaba el camino de su ambición; y se daba a saborear la peculiar importancia que adquiriría gracias a esta filiación con lo que él imaginaba ser literatura. Tal filiación amplió aún más el mundo en que vivían. Individuos que escribían o dibujaban preciosamente para el público iban a visitarlos algunas ocasiones, y con frecuencia lo hacía también el director de su periódico. Alvan lo tenía por un asno, observando sus dientes enormes (pues lo correcto es tenerlos pequeños y parejos), observando que llevaba el pelo un poquitín más largo que la generalidad de las gentes. Con todo, hay duques que llevan largos los cabellos, y de seguro que el director sabía su negocio. Lo, peor era que su gravedad, aunque perfectamente portentosa, no era de confiar.

Tomaba asiento, voluminoso y elegante, en el salón, el puño de su bastón revoloteando ante sus dientes fabulosos y durante horas hablaba con una amplia sonrisa (jamás decía nada que pudiera considerarse censurable, y menos inexacto); hablaba de un modo extraordinario, no muy claro, sino irritante. Su frente era demasiado alta – extraordinariamente alta– y debajo de ella se alargaba, recta, una nariz perdida entre dos mejillas lampiñas, que, en una mansa curva, iban a parar a un mantón delineado como el extremo de un esquí. Y en esta rostro, que parecía el de un grueso y perverso muchachillo precoz, relampagueaba un par de vivos, inquisidores e incrédulos ojos. También hacía versos. Un asno, sí; pero el ejército de hombres que seguía tras los faldones de su chaqué monumental descubría siempre cosas admirables en todo lo que él decía. Alvan Hervey lo achacaba a afectación. Estos artistas, después de todo, eran tan afectados... No obstante, todo esto resultaba eminentemente correcto, muy ventajoso para él, y parecía agrandar a su esposa, como si también ella encontrara alguna particular y secreta ventaja en aquella filiación intelectual. La mujer acogía a sus misceláneos y decorosos visitantes con cierta gracia altiva e importante, muy suya, y que despertaba en la mente de esos intimidados extraños incongruentes e impropias reminiscencias de un elefante, una jirafa, una gacela, de una gótica torre o de, un ángel demasiado crecido. Sus jueves se hacían ya célebres en su mundo, y su mundo mismo crecía firmemente, agregándose calle tras calle, incluyendo también los jardines de Fulano, un parque aristocrático, un par de plazas.

Así Alvan Hervey y esposa vivieron, cerca uno del otro cinco años prósperos. Con el tiempo habían llegado a conocerse mutuamente lo bastante bien como para poder desarrollar prácticamente los propósitos *de* tal existencia, pero eran tan incapaces de toda real intimidad, como un par de animales que se alimentasen en un mismo pesebre, bajo el mismo techo, en algún lujoso establo. Se calmó el anhelo de Alvan, convirtiéndose en un hábito, y en cuanto a ella, había satisfecho

su deseo: el de alejarse del techo paterno, de imponer su personalidad, de moverse en su propio círculo (mucho más elegante que el de sus padres), poseer un hogar propio, su propia participación en el respeto, la envidia y el aplauso del mundo. Se comprendían uno al otro astutamente, tácitamente, como dos cautelosos conspiradores en un provechoso complot; porque ambos eran igualmente incapaces de contemplar un hecho, un sentimiento, un principio o una creencia de otro modo que a la luz de su propia dignidad, de su propia glorificación de su propio provecho. Resbalaban por la superficie de la vida, tomados de la mano, en una atmósfera pura y fría, como dos hábiles patinadores que trazasen figuras sobre el hielo para admiración de los curiosos e ignorando, con desdén, el torrente oculto, el torrente Impetuoso y oscuro, el torrente de la vida, profundo e hirviente. Alvan Hervey dobló dos veces a la izquierda, una a la derecha, siguió a lo largo de dos de los lados de una plaza, en medio de la cual grupos de árboles, al parecer domesticados, erguíanse en silencioso cautiverio tras largas barras de hierro, y llamó a la puerta de su casa. Abrió una doncella. El tener sólo sirvientes femeninos era un capricho de su esposa. La muchacha, al desprenderle de su abrigo y su sombrero, le dijo algo que lo llevó a mirar el reloj. Eran las cinco, y su mujer no estaba en casa. Ordenando: "No, nada de té", se echó escaleras arriba. Subió sin tropiezos, A lo largo de la roja alfombra que cubría las gradas brillaban varillas de latón. En el primer descanso una mujer de mármol, a la que cubría con decoro una túnica de piedra, adelantaba una fila de inanimados dedos a la orilla del pedestal y alargaba ciegamente un brazo rígido que sostenía un haz de luces. Alvan abrigaba aficiones estéticas... en casa. Pesadas cortinas sorprendían oscuros rincones apenas encubiertos. Sobre el rico papel pintado de las paredes pendían dibujos, acuarelas, estampas. Sus gustos eran manifiestamente artísticos. Viejas torres parroquiales asomaban sobre masas de verde follaje; los montes eran púrpura; las arenas amarillas; los mares, soleados; los cielos, azules. Una joven se

mostraba tendida, soñadores los ojos, en un bote inmóvil, en compañía de una cesta de comida, una botella de champaña y un hombre enamorado, metido en una blusa ligera. Muchachos descalzos flirteaban dulcemente con harapientas doncellas, dormían en el umbral de las puertas, jugueteaban con perros. Una chiquilla, patéticamente delgada, se aplastaba contra un muro blanco y, levantados los ojos expirantes, ofrecía en venta una flor; mientras, cerca de allí, las largas fotografías de algún famoso y mutilado bajo relieve parecían representar una carnicería convertida en piedra. Naturalmente, el hombre no veía nada; subió un segundo tramo de las escaleras y penetró directamente en el cuarto de vestir. Un dragón de bronce, atado por la cola a un garfio, se apartaba a tirones del muro, retorciéndose con calma y sosteniendo, entre la furia convencional de sus mandíbulas, una cruda llama de gas semejante a una mariposa. La habitación estaba, claro está, vacía; pero, apenas entró, llenóse del estremecimiento de muchas gentes, porque las lunas de espejos que cubrían las puertas de los roperos y el gran espejo de su esposa lo reflejaron de pies a cabeza, multiplicando su imagen en una multitud de caballerescos y serviles imitadores que vestían exactamente como él, adoptando los mismos mesurados y raros gestos, se movían cuando se movía él, con él se aquietaban en obsequiosa inmovilidad, mostrando las mismas apariencias de vida y sentimientos, como él tenía por digno que cualquiera manifestase. Y, como seres reales, esclavos de ideas vulgares, que no son ni siquiera suyas, afectaban una oscura independencia por la superficial diversidad de sus movimientos. Agitábanse al unísono con Alvan, pero, o se alejaban de él o avanzaban a su encuentro, surgían, desaparecían, parecían escabullirse tras el mobiliario de nogal, para surgir nuevamente, hundirse en las bruñidas vidrieras, yendo de acá para allá, distintos e irreales en la ilusión convincente de una habitación. Y, como los hombres a quienes él respetaba, podía confiarse en que jamás harían nada personal, original o inquietante, nada imprevisto, nada impropio, nada

genial.

Alvan fue de un lado a otro, por unos minutos, sin objeto alguno, en aquélla excelente compañía, silbando un *couplet* popular pero elegante, y pensando vagamente en alguna carta de negocios llegada de Europa y a la que habría de darse respuesta al día siguiente, con cautelosa reserva. Entonces, al encaminarse al guardarropa, distinguió a su espalda, en el alto espejo, una esquina del tocador de su mujer, y entre el destello de los objetos ornados de plata allí amontonados, la mancha blanca y cuadrangular de un sobre.

Era tan extraordinario que tal cosa se encontrase allí, que Alvan se volvió antes de sentir su propia sorpresa; todos los simuladores que lo rodeaban giraron sobre sus talones, y, apareciendo también sorprendidos, corrieron rápidamente hacia los sobres de los tocadores.

Reconoció la letra de su esposa y vio que el sobre le estaba dirigido. Balbuceó: "¡Qué cosa más rara!", y se sintió sumamente molesto.

Además de que todo hecho raro es en sí algo indecente, el hecho de que ahora era su mujer quien lo realizaba lo hacía doblemente ofensivo. Que le escribiera simplemente, cuando sabía que vendría a cenar, resultaba muy ridículo; pero que expusiera así la carta, en evidencia que la casualidad podría descubrir, se le antojó tan injurioso que, pensando en ello, experimentó una azorante sensación de inseguridad, una bizarra y absurda visión de la idea de que la casa entera se había estremecido bajo sus pies. Rasgó el sobre, arrojó una mirada a la carta, y cayó en una silla próxima.

Sosteniendo el papel en la mano, y contemplando una media docena de líneas rasgueadas sobre la hoja, se sintió atontado como por un ruido violento y sin sentido, el choque de unos *gongos* o el latir de un bombo; un rugido enorme y sin objeto, que en cierto modo le impedía *oírse* pensar y ponía en blanco su cerebro. El absurdo y perturbador tumulto parecía fluir de las palabras allí escritas, manar de entre sus mismos dedos, que temblaban sosteniendo el papel. Y repentinamente arrojó la carta, como si fuera algo ardiente, venenoso u obsceno, y precipitándose a la ventana, con el irreflexivo apresuramiento

de un hombre ansioso de lanzar una alarma de fuego o asesinato, la abrió violentamente y echó fuera la cabeza.

Un helado soplo de viento, ambulante en la húmeda y hollinienta oscuridad y sobre el desperdicio de tejados y chimeneas, le azotó el rostro de un viscoso latigazo. Vio una oscuridad ilimitada, en la que surgía un negro hacinamiento de muros, y entre ellos las innumerables filas de lámparas de gas se extendían en largas líneas, como hilos de ensartadas cuentas de fuego. Un relámpago siniestro, como de alguna oculta conflagración, surgía luminoso de la niebla, payando sobre un mar inmóvil y ondulado de tejas y ladrillos. Al rechinar de la ventana abierta, el mundo pareció saltar de la noche y encararse con él, al par que, flotando, subía hasta sus oídos un rumor vasto y manso, el hondo murmullo de algo inmenso y vivo. Se apoderó de él una sensación de congoja y dio una silenciosa boqueada. Del lugar de estacionamiento de coches de plaza Llegaban voces roncadas y distintas, y una risa burlona resonó sombríamente dura, cruel y amenazadora. Alvan metió la cabeza como retrocediendo ante algún golpe que le hubiera sido dirigido y cerró prontamente la ventana. Dio unos pasos, tropezó contra una silla y, con un gran esfuerzo, se rehizo, procurando atrapar cierto pensamiento que zumbaba loco en su cabeza. Atrapólo al fin, después de un esfuerzo más grande de lo que esperaba; había enrojecido y resoplaba un poco, como si hubiese estado tratando de cogerlo con las manos, pero su dominio sobre sí misma era tan débil, que juzgó necesario repetírselo en voz alta, escucharlo enunciado con firmeza, para asegurarse una medida absoluta de posesión.

Pero Alvan se resistía a oír su propia voz, a oír cualquier sonido, en atención a una vaga creencia, que se formaba lentamente en su interior, de que la soledad y el silencio son las más grandes felicidades de la humanidad. En seguida comprendió que una y otro son perfectamente inasequibles, que han de verse los rostros, las palabras, decirse, escucharse los pensamientos. ¡Todas las palabras!..., ¡todos los pensamientos!

Y dijo muy distintamente con la mirada en

la alfombra: "Se ha ido".

Era espantoso; no el hecho, las palabras.

Las palabras, cargadas de la fuerza tenebrosa de una significación, que parecían armarse de un poder tremendo para conjurar a la fatalidad a descender a la tierra, como esas palabras extrañas y aplastantes que se escuchan a veces en el sueño. Vibraron a su alrededor en una atmósfera metálica, en un ambiente que adquiriría la dureza del hierro y la resonancia de una campana de bronce. Bajando la mirada por entre las puntas de sus botas, parecía hallarse escuchando la ola retornante de un sonido; la ola que se extendía en un círculo por momentos más amplio, abarcando calles, techos, campanarios, campos... y que se alejaba, ensanchándose inacabablemente, lejos, lejos, hasta donde él no alcanzaba a oír, hasta donde él no podía imaginar nada... donde...

–Y... con... ese... imbécil –dijo otra vez, sin estremecerse en lo más mínimo.

Y no restaba nada sino humillación. Nada.

No podía encontrar solaz moral alguno en aquella situación, cualquiera que fuese el aspecto en que la considerase, y sólo irradiaba dolor por todos sus lados. Dolor... ¿Qué clase de dolor?

Ocurriósele que debería sentirse abrumado de pena, pero en un instante excesivamente breve comprendió que no era de género tan fútil y grave lo que ahora sufría. Era algo mucho más serio y guardaba más directa semejanza con la naturaleza de aquellos sutiles y crueles sentimientos que provoca un puntapié o una bofetada.

Sintióse sumamente mal –físicamente–, como si hubiera mordido algo –infecto, la vida, que para una mente bien conformada debe ser motivo de alegría, parecióle, por uno o dos segundos, perfectamente intolerable.

Recogió la carta que se hallaba a sus pies, y tomó asiento, deseando reflexionar sobre ella, comprender por qué su esposa – ¡su esposa!– lo había abandonado; por qué despreciaba dignidad, bienestar, paz, decencia, posición; ¡por qué lo despreciaba todo por nada! Púsose a la tarea de descubrir la oculta lógica de la acción de su mujer, labor mental indicada apenas para entretener las

horas de ocio de alguna casa de locos, aunque a él no le era dable apreciarlo. Y pensó en su esposa desde todos los puntos de vista, excepto el único fundamental. Recordóla como muchacha bien educada, como esposa, como persona culta, como señora de su casa, como una dama, pero jamás, ni por un momento, pensó en ella como en una mujer.

Luego, una ola fresca, una ola furiosa de humillación, barrió su cerebro, no dejando en él sino una sensación personal de inmerecido envilecimiento. ¿Por qué había él de verse mezclado en tan espantosa experiencia? Tal cosa venía a anular todas las ventajas de su bien ordenado pasado mediante una verdad tan efectiva e injusta como una calumnia...

Su pasado resultaba inútil. Se revelaba ahora su fracaso: un claro fracaso, de su parte, para ver, guardar, comprender. Era innegable; no podría apartárselo, no podría explicárselo, atropellárselo, de modo de alejarse de su vista. Le sería imposible sentarse sobre aquello y adoptar un gesto solemne. ¡Ahora, si ella hubiera muerto siquiera!

¡Si ella hubiera muerto siquiera! Se sintió arrastrado a envidiar tan respetable aflicción, tan perfectamente libre de todo tinte deshonesto, que ni aun su peor enemigo hubiera podido experimentar el menor estremecimiento de alborozo, a nadie le hubiera importado.

Alvan buscó consuelo acogiéndose a la contemplación del único hecho de la vida que los más decididos esfuerzos de la humanidad no han logrado nunca disfrazar en el repiqueteo y el hechizo de las frases. Y nada se presta tanto a la mentira como la muerte. ¡Si al menos hubiera muerto! Se le hubieran dicho algunas palabras, en un tono dolido, y él, con la indicada entereza, les habría dado respuesta. Precedentes había para tal ocurrencia; y a nadie le hubiera importado un ardite. ¡Si hubiera muerto siquiera! Las promesas, los terrores, las esperanzas de la eternidad son cosas que atañen a los muertos, pero la dulzura manifiesta de la vida pertenece a los hombres sanos y vivos. Y la vida le correspondía a él; esa existencia suya, sana y fructífera, jamás turbada ni por sobra de amor ni de remordimiento. La mujer habíase inmiscuido en ella, se la había estropeado. Y, de

pronto, se le ocurrió que debió de haber estado loco para casarse. Era tanto como entregarse, como llevar –siquiera por un instante– el corazón en la mano. Pero ¡si todo el mundo se casaba! ¡Cuan loca era toda la humanidad!

En la embestida de aquel pensamiento inquietante levantó la cabeza, lanzó una mirada a la izquierda, a la derecha, al frente, distinguiendo una multitud de hombres sentados muy lejos, mirándole con ojos salvajes; emisarios de una humanidad indiferente que se entrometían a espiar su dolor y su vergüenza. Aquello no era para soportarse. Se puso de pie rápidamente y por todos lados saltaron los demás. Alvan se detuvo, permaneciendo inmóvil en el centro de la estancia, como descorazonado ante esa vigilancia. ¡No había escape alguno! Sintió algo muy semejante a la desesperación. Todo el mundo iba a saberlo. El mundo entero lo sabría mañana mismo. Esa misma noche lo sabrían los criados. Rechinó los dientes... Y jamás había observado nada, jamás había sospechado nada. Lo sabría el mundo entero. Pensó: "La mujer es un monstruo, *pero* a mí... me tendrán por un animal". El, inmóvil en medio del severo mobiliario de nogal, sintió tal tempestad de angustia en su interior, que se le antojó verse rodando por la alfombra, dando con la cabeza contra las paredes. Se sentía irritado consigo mismo. Un odioso torrente de emociones abría paso en todas las reservas que protegían su hombría. Algo desconocido, macilento y ponzoñoso penetraba en su vida, corría a su lado, le tocaba y parecía contaminarle por momentos. Se hallaba aplastado. ¿Qué era aquello? Su mujer se había ido. ¿Por qué? Su cabeza parecía pronta a estallar en el esfuerzo que hizo por comprender su acto y su propio horror ante éste. Todo cambiaba. ¿Por qué? Después de todo, lo único que había era una mujer que abandonaba su hogar; y sin embargo tuvo una visión, una visión rápida y distinta, como un sueño: la visión de todo lo que él tuviera por seguro e indestructible derrumbándose a su alrededor como se derrumban los muros más sólidos ante el aliento fiero de un huracán. Clavó la mirada, estremecido en todas sus fibras, al sentir cómo

el aliento destructor, el aliento misterioso, el aliento de pasión, conmovía la profunda faz de su hogar. Miró, temeroso, a su alrededor. Sí, puede perdonarse el crimen, la irreflexiva abnegación, la ciega confianza, la fe ardiente; toda otra locura puede llamarse a cuentas; el dolor, la muerte misma pueden explicarse con un gesto o una mueca, pero la pasión es la infamia imperdonable y secreta de nuestro corazón, algo sólo digno de maldecirse, de ocultar y negar; un sentimiento desvergonzado e innoble que huella las promesas sonrientes, que rasga la máscara plácida, que desnuda el cuerpo mismo de la vida. ¡Y a él venía! Había dejado caer su mano sucia sobre la página sin mancha de su existencia, y él habría de hacerle frente, solo, ante los ojos, del mundo entero. ¡El mundo entero! Y pensó que la sola sospecha de tener entre los muros de su casa a tal adversario traía consigo una mácula y una maldición. Alargó ambas manos como para librarse de la proximidad de una corruptora verdad, e, instantáneamente, el abrumado cónclave de aquellos seres irreales, irguiéndose a su alrededor, silenciosamente, más allá del claro lustre de los espejos, tuvo para él el mismo gesto de horror y repulsión.

Miraba vanamente acá y allá, como un hombre que buscase, desesperado, un arma o un escondite, y terminó por comprender que se encontraba desarmado y cogido por un enemigo que, sin escrúpulo alguno, habría de asestarle un golpe capaz de partirle el corazón. No podría encontrar ayuda en parte alguna, ni siquiera buscar consejo en su interior, con el violento golpe del abandono de su mujer, los sentimientos que sabía debiera experimentar, de acuerdo con su educación, sus prejuicios y el ambiente en que respigaba, veíanse tan entremezclados con la novedad de estos otros sentimientos, fundamentales, ignorantes de credos, clases y educación, que era incapaz de distinguir claramente entre lo que es y lo que debiera ser; entre la verdad inexcusable y las justas apariencias. E intuitivamente comprendía que la verdad no le sería de utilidad alguna. Cierta reserva parecía necesaria, porque hay cosas imposibles de explicar. ¡Claro que imposibles!

¿Quién lo escucharía? Hay que ser, sencillamente, immaculado e irreprochable para conservar un lugar propio en las primeras filas de la vida.

Se dijo: "Hay que sacudírselo de encima de la mejor manera posible", y se lanzó a caminar de un extremo al otro de la habitación. ¿Qué vendría luego? ¿Qué habría que hacer? Pensó: "Viajaré... No, lo mejor es hacer frente a la situación". Y, esto resuelto, se sintió profundamente envalentonado por la reflexión de que aquella sería una actitud muda y fácil de adoptar, pues no era probable que alguien quisiera hablarle de la abominable conducta de... aquella mujer. Se autoconvenció de que las personas decentes –y él no tenía tratos con quien no lo fuese– no gustaban de hablar de asuntos tan poco delicados. Se había largado... con aquel malsano gordinflón, asno de periodista. ¿Por qué? Había sido para ella todo lo que un marido debe ser. Le había dado una excelente posición, había compartido con ella sus proyectos, tratándola, invariablemente, con gran consideración. Pasó revista a su propia conducta con cierto fúnebre orgullo. Fue siempre irreprochable. Entonces ¿por qué? ¿Por amor? ¡Profanación! No era posible que en aquello hubiese amor. Apenas un vergonzoso impulso de pasión. Pasión, sí. ¡Su propia esposa! ¡Dios misericordioso!... Y el indecente aspecto de su desgracia doméstica le pareció tan vergonzoso que, en seguida, se sorprendió a sí mismo cavilando absurdamente sobre la idea de si no le sería más honorable crear la general impresión de que tenía la costumbre de maltratar a su mujer. Hay quien lo hace..., y cualquier cosa sería mejor que aquel hecho inmundo; porque era claro que él había vivido durante cinco años con su semilla... y resultaba demasiado vergonzoso. ¡Cualquier cosa era mejor! ¡Cualquiera! La brutalidad... Pero abandonó inmediatamente la idea y comenzó a pensar en las Cortes de Divorcio. Estas, a despecho de su observancia de usos y leyes, no le parecían el refugio indicado a su respetable dolor. Se le antojaban una inmunda y siniestra caverna, a la que algún adverso destino arrastra a hombres y mujeres a retorcerse ridículamente ante alguna

inflexible verdad. Tal cosa no debiera permitirse. ¡Esa mujer! Cinco... años... Casado cinco años... y jamás notó nada. Jamás, hasta el último día... hasta que ella se marchaba tranquilamente. Y se imaginó a todas las personas a quienes conocía ocupadas en discurrir sobre si todo aquel tiempo había estado ciego, imbecilizado o enamorado con locura. ¡Qué mujer! ¡Ciego!... Nada de eso. ¿Cómo podría un hombre de ideas puras imaginar tal depravación? Evidentemente, no había cómo. Respiró con libertad. Aquélla era la actitud que le tocaba adoptar; era suficientemente digna; le armaba a él de la ventaja y, al propio tiempo, no pudo abstenerse de observarlo, era altamente moral. Suspiró, sin afectación alguna, por ver a la moral (en su persona) triunfante a los ojos del mundo. En cuanto a ella... se la olvidaría. Que se la olvidase..., se la enterrase en la indiferencia..., ¡que se perdiese! Nadie la aludiría... Las personas educadas –y cuantas él conocía podían llamarse así– experimentaban, seguramente, horror hacia tales tópicos. ¿O no? ¡Oh!, sí. Nadie mencionaría siquiera su nombre... al alcance de sus oídos. Dio un puntapié en el suelo, rasgó la carta una y otra vez. El recuerdo de los amigos que vendrían a expresarle su simpatía provocó en él una furia de desconfianza. Arrojó los pedacitos de papel, que cayeron, revoloteando, a sus pies, haciéndose muy blancos sobre la alfombra, como manojo esparcido de copos de nieve. A este ataque de cólera febril sucedió una repentina tristeza, el paso oscurecedor de un pensamiento que corría por la abrasada superficie de su corazón como sobre una planicie yerta, y después de un fiero asalto de los rayos del sol, pasa, refrescante y melancólica, la sombra de una nube. Se dio cuenta de que había experimentado un choque; no un golpe violento o demoledor, que es posible ver, resistir, volver, olvidar, sino un aguijonazo insidioso y penetrante, que estremecía todos aquellos secretos y crueles sentimientos que las manías de los hombres, los temores de la humanidad –la compasión infinita de Dios, quizás– retienen encadenados muy hondo en el inescrutable crepúsculo de nuestro pecho Un oscuro telón parecía recogerse

ante él y por menos de un segundo, asomóse al universo misterioso del dolor moral. Como se ve un paisaje, completo, vasto y vivido, a la luz de un relámpago, así podía él ver, descubierta en un segundo, la inmensidad toda de dolor que puede encerrar un breve instante de humano cavilar. Cayó el telón, pero la rápida visión dejó en la mente de Alvan Hervey un rasgo de tristeza invencible, una sensación de extravío y amarga soledad, como si hubiera sido robado y desterrado. Por un momento dejó de ser un miembro de la sociedad con una posición, una carrera y un nombre pegado a todo aquello como etiqueta descriptiva de alguna complicada composición. Era apenas un simple ser humano, removido del mundo de crecientes y cuadrángulos. Se encontraba solo, desnudo y temeroso, como el primer hombre en el primer día del mal. Hay en la vida ocurrencias, contactos, vislumbres que parecen precipitar todo un pasado a su fin. Regístranse un choque y un estampido, como de una puerta que cerrase a nuestra espalda la mano pérfida de la fatalidad: "Ve, y busca un nuevo paraíso, sabio o imbécil. Sigue un instante de estúpido anonadamiento, y el eterno errabundear ha de iniciarse nuevamente; la dolorosa explicación de hechos, la búsqueda febril de ilusiones, el cultivo de una fresca cosecha de mentiras en el sudor de nuestra frente, para mantener la vida, para hacerla soportable, hacerla amable; a modo de poder traspasar, intacta, a una nueva generación de ciegos peregrinos la leyenda encantadora de un país sin corazón, de una tierra prometida, toda flores y bendiciones...

Recobróse con un ligero estremecimiento y tuvo la conciencia de una abrumadora y aplastante desolación. No pasaba de ser una sensación, cierto es, pero produjo en él un efecto físico, como si le hubieran oprimido el pecho en un torno. Se consideró tan en extremo desamparado y lamentable, y aquel dolor sofocante le conmovió tan profundamente, que sintió que una vuelta más del torno le arrancaría lágrimas de los ojos. Se contaminaba a grandes pasos. Cinco años de vida en común habían calmado sus anhelos. Sí, desde hacía largo tiempo. Bastaron los

primeros cinco meses..., pero... El hábito quedaba el hábito de su persona, de su sonrisa, de sus gesto, de su voz, de su silencio. Su frente era pura; sus cabellos bonitos. ¡Cuan cochino era todo esto! Bonitos cabellos, ojos preciosos... extraordinariamente lindos. Sorprendióle el cúmulo de detalles que venían a entrometerse en su renuente memoria. No podía dejar de recordar sus pasos, el rumor de su vestido, su manera de llevar la cabeza, su gesto decisivo de decir "Alvan", el temblor de las aletas de la nariz cuando algo la molestaba. ¡Todo lo que fuera propiedad suya!, ¡tan íntimamente, exclusivamente suya! Enfurecióse con silenciosa melancolía al inventariar sus pérdidas. Sentíase como un individuo que calculara el costo de alguna desgraciada especulación; irritado, deprimido... irritado consigo mismo y con los demás: los afortunados, los indiferentes, los endurecidos; y, no obstante, el mal que se le hacía se le ocurrió tan cruel que quizás hubiera derramado una lágrima ante aquel despojo si no fuese por su convicción de que los hombres no deben llorar. Lo hacen los extranjeros, que matan en tales circunstancias. Y, para su propio horror, se sintió impulsado a lamentar que las costumbres de una sociedad dispuesta a perdonar la muerte de un ladrón le prohibieran, en aquellas circunstancias, hasta el pensamiento de matar. Con todo, cerró los puños y apretó los dientes fuertemente. Al mismo tiempo sentía miedo. Le anonadaba ese miedo, penetrante y tembloroso, que parece, a la mitad misma de un latido, convertir nuestro corazón en un puñado de polvo. El contagio del crimen de su mujer se extendía rápidamente; manchaba el universo, lo manchaba a él mismo; sacudía todas las adormecidas infamias del mundo, provocaba una especie de doble vista en la cual le era dable ver los pueblos y campos todos de la tierra, sus más sagrados lugares, sus templos y sus casas, atestados de monstruos de falsedad, impudicia, crimen. Su mujer era un monstruo... él mismo pensaba ahora cosas monstruosas... y, no obstante, él era como muchas otras gentes. Cuántos hombres, cuántas mujeres no estarían en aquel instante hundiéndose en alguna abominación, meditando un delito. Era

espantoso pensarlo. Recordó todas las calles, todas aquellas calles "bien" que cruzara viniendo a su casa; todas las innúmeras casas de puertas cerradas y encortinadas ventanas. Todas se le antojaban ahora un refugio de angustia y maldad. Y, sintiéndose anonadado, se inmovilizó su pensamiento, recordando con terror el decoroso y horrendo silencio, que constituía como una conspiración; el silencio, torvo e impenetrable, de millas de muros que encubrían pasiones, miserias, pensamientos criminales. De seguro que él no era el único, que no era la suya la única casa..., y, con todo, nadie sabía, nadie sospechaba. Pero sabía él. Él sabía, con inequívoca certeza, en la que no era posible engañarle con el correcto silencio de las paredes, de las puertas cerradas, de las ventanas cubiertas de cortinas. Se hallaba fuera de sí, animado de una desesperada agitación, como un hombre a quien se hubiese comunicado un secreto tremendo: el secreto de alguna calamidad que amenazara la seguridad del universo..., la santidad, la paz, de la vida.

Sorprendióse en uno de los espejos. Esto fue un consuelo. La angustia de sus emociones era tan formidable que no estuvo lejos de esperar ver reflejado allí algún rostro contorsionado y loco, y le asombró gratamente no encontrar nada de aquello. Al menos su aspecto no admitiría a nadie en el secreto de su dolor. Se examinó atentamente. Se le habían arrugado los pantalones y enlodado un tanto las botas, pero, por lo demás, era casi el de siempre. Sólo sus cabellos aparecían un poco desordenados, y tal desorden, en alguna forma, resultaba tan sugeridor de cuitas que se aproximó rápidamente al tocador y principió a hacer uso de los cepillos, en un ansioso deseo de borrar aquella traza comprometedora, aquel único vestigio de su emoción. Cepillábase con cuidado, observando el efecto de su labor; y otro rostro, ligeramente pálido y algo más tenso de lo que quizá fuera de desearse, lo miraba desde el espejo. Dejó los cepillos y el resultado no le satisfizo. Los tomó otra vez y cepillóse, cepillóse, mecánicamente..., embebiéndose en aquella ocupación. El tumulto de sus pensamientos vino a terminar en una tardía reflexión, como, después de la erupción

de un volcán, el progreso casi imperceptible
de un arroyo de lava, arrastrándose
lánguido por una tierra convulsa y arrasando,
despiadado, todo coto—que dejara la
sacudida del terremoto. Destructivo es, pero
en comparación resulta un fenómeno apacible.
Alvan Hervey se sintió casi en calma, por
el paso deliberado de sus pensamientos. Sus
cotos morales desaparecían uno a uno, consumidos
en el fuego de aquella su experiencia,
enterrados en un fango ardiente, en cenizas.
Se enfriaba ya... en la superficie; pero
algún fuego le restaba suficiente como para
hacerle golpear los cepillos sobre el tocador
y, volviéndose, decir, en un murmullo: "Que
se divierta él... La mujer, ¡al diablo!"
Se sintió completamente corrompido por
su maldad, y et síntoma más significativo de
su destrucción moral era la amarga, acre satisfacción
con que la reconocía. Deliberadamente,
in mente, lanzaba juramentos, me-
ditaba mofas; formaba, en profundo silencio,
palabras de cínica incredulidad, y sus más
sagradas convicciones reveláronse al fin
como estrechos prejuicios de imbéciles. Una
multitud de pensamientos, informes e impuros,
cruzó por su mente, en furtiva carrera,
como una banda de velados malhechores
precipitándose a un crimen. Hundió las manos
en los bolsillos. Escuchó en alguna parte
un suave campanillazo, y repitióse: "No soy
el único..., no soy el único". Siguió una nueva
llamada. ¡La puerta principal!
El corazón le saltó a la garganta y en seguida
le descendió hasta los zapatos. ¡Un
visitante! ¿Quién? ¿Por qué? Quiso precipitarse
fuera y gritar a la doncella, "¡No hay nadie!
¡Nos hemos marchado al extranjero!"...
Cualquier excusa. Le era imposible verse con
nadie. Esa noche, imposible. No. Mañana...
Antes de que pudiera irrumpir del entorpecimiento
que lo envolvía como una hoja de
plátano, oyó, muy abajo, como en las entrañas
mismas de la tierra, cerrarse duramente
una puerta. Al golpe, la casa vibró más que
bajo el trueno de una tormenta. Permaneció
inmóvil, deseando esfumarse. La habitación
estaba helada. Jamás había pensado que alguna
vez habría de sentirse así. Pero había
que ver a aquellas gentes..., que enfrentarse

con ellas..., hablarles, sonreírles. Oyó abrirse otra puerta, mucho más próxima –la del salón–, y luego cerrarse nuevamente. Se imaginó, por un instante, que iba a desmayarse. ¡Qué absurdo! Sería necesario apechugar con cosas de este género. Una voz rompió ahora el silencio. No logró distinguir las palabras. La voz habló nuevamente y unos pasos se dejaron oír en el primer descanso. ¡Maldita sea! ¿Iba él a oír aquella voz y aquellos pasos siempre que alguien hablara o se moviese? Pensó: "Es algo semejante a una persecución... Supongo que durará una semana, o cosa así, por lo menos. Hasta que olvide. ¡Olvide! ¡Olvide!" Alguien subía ya el segundo tramo de la escalera. ¿Alguna doncella? Aprestó el oído, y entonces, repentinamente, como si le hubiera sido gritada alguna tremenda confesión en la distancia, rugió en la habitación vacía: "¡Qué! ¡Qué!", en tono tan diabólico que se asombró a si mismo. Los pasos se detuvieron ante la puerta. Alvan se erguía, la boca abierta, enloquecido e inmóvil, como en medio de una catástrofe. El picaporte giró ligeramente. Parecía que se abrían los muros, que los muebles se le iban encima; el cielo raso se inclinó curiosamente por un momento, un alto ropero pareció precipitarse al suelo. Se cogió a algo: el respaldo de una silla. ¡Ah, tropezaba contra una silla! ¡Oh! ¡Maldita sea! Se cogió fuerte. La llameante mariposa posada entre las mandíbulas del dragón de bronce lanzó un chispazo, un chispazo que pareció saltar, de un golpe, en una cruda, cegadora fiereza y le hizo difícil distinguir con claridad la figura de su mujer, apoyada de espaldas, rígida, contra la puerta cerrada. La miró, sin alcanzar a percibir su aliento. La dura luz violenta caía sobre ella, y le asombró verla conservar su rígida actitud, en aquella abrasadora luminosidad que, a sus ojos, la envolvía como una niebla ardiente y devoradora. No le hubiera sorprendido verla desvanecerse en ella, tan repentinamente como surgiera. Miraba y aguzaba el oído, como aguardando algún rumor, pero el silencio que lo rodeaba era tan absoluto, que parecía hubiera ensordecido por completo en un segundo. Recobró luego el oído, sobrenaturalmente fino. Escuchó el batir

de la llovizna en la ventana, contra los vidrios,
y abajo, muy abajo, en el abismo artificial
de la plaza, un amortiguado rumor de
ruedas y el chapoteante galope de un caballo.
Escuchó también un gemido... muy distinto...
en la habitación... cerca de su oído.
Pensó, alarmado: "Ese ruido debo de
haberlo hecho yo mismo"; y en aquel preciso
instante, la mujer, abandonando la puerta,
pasó, resueltamente, delante de él y tomó
asiento en una silla. Alvan conocía bien aquellos
pasos. No había duda alguna. ¡Su mujer
regresaba! Y estuvo a punto de exclamar en
voz alta: "¡Naturalmente!" Tal fue su repentina
y dominante percepción del carácter indestructible
de su esposa. Nada podía destruirla...
y nada, sino la destrucción misma de
Alvan, podría conservarla lejos de él. Ella era
la encarnación de todos los brevísimos instantes
que el hombre escatima en su vida
para emplearlos en sueños, en sueños preciosos
que sintetizan las más caras, las más
fructíferas de sus ilusiones. La escudriñó,
experimentando una trepidación interior. Era
misteriosa, significativa, pletórica de oculto
sentido, como un símbolo. La escudriñaba,
inclinado hacia adelante, como si estuviera
descubriendo en ella cosas nunca vistas antes.
Inconscientemente dio un paso hacia
ella, y luego otro. La vio hacer un movimiento
amplio y decidido con el brazo... y se detuvo.
Se había recogido el velo. Parecía que se
hubiera levantado una visera.
El encanto estaba roto. Experimentó un
choque tan violento como si hubiera despertado
de un trance al ruido repentino de una
explosión. Era aún más sobrecogedor y distinto;
era un cambio infinitamente más íntimo,
porque tuvo la sensación de haber entrado
en la habitación en aquel momento
preciso; de haber regresado de muy lejos; se
percataba ahora de que una parte esencial de
sí mismo había vuelto a su cuerpo en un relámpago:
que había regresado al fin de alguna
cruel y lamentable región, de la morada
de los corazones desnudos. Despertó a un
asombro infinito de desprecio, a una burlona
amargura de extrañeza, a una convicción
desencantada de seguridad. Tuvo una visión
de la fuerza irresistible, y percibió también la

esterilidad de sus convicciones, de las convicciones de su mujer. Era moralmente imposible penetrar en forma alguna. No le regocijó esta certeza; sentíase vagamente inquieto acerca del precio de ella; había cierto escalofrío de muerte en este triunfo de los más sanos principios, en esta victoria, alcanzada a la sombra misma del desastre. Desvaneci6se el 6ltimo vestigio de su anterior estado de 6nimo, como la fugaz e instant6nea estela de un meteoro se desvanece al desintegrarse aqu6l en la profunda negrura del cielo; fue tan s6lo el fr6gil parpadeo de un pensamiento doloroso desaparecido apenas descubierto: el pensamiento de que nada –despu6s de todo–, sino la presencia de su mujer, tenía el poder de hacerle dominarse. La mir6 fijamente. Estaba sentada, las manos en el regazo, la mirada baja; y Alvan observ6 que tenía los zapatos sucios y las faldas mojadas y salpicadas, como si hubiera regresado, impulsada por un ciego terror, a trav6s de un desierto de lodo. Sintióse indignado, asombrado, sobresaltado, pero ahora en una forma sana natural; de tal modo que podía controlar tan infructíferos sentimientos a los dictados de su cauteloso dominio sobre sí mismo. La luz de la habitaci6n no tenía ahora nada de extraordinario; era una luz espl6ndida, a la cual podía observar f6cilmente la expresi6n del rostro de su mujer. Era de gran fatiga. Y el silencio que los rodeaba era el silencio normal de cualquier casa tranquila, apenas interrumpido por los blandos rumores de un barrio respetable de la ciudad, Alvan estaba muy frío, y fue muy fríamente como se le ocurri6 pensar cu6nto mejor sería que ninguno de los dos volviera a dirigirse nunca la palabra. Ella permanecía con los labios cerrados, con cierto aire de lasitud en el marm6reo olvido de su actitud, pero, pasado un instante, levant6 los párpados y encontr6 la tensa e inquisitiva persona de Alvan, cuya mirada tenia toda la informe elocuencia de un grito. Penetraba, estremecía, sin aclarar nada; era la esencia misma de una angustia despojada de palabras, de las cuales podría reírse, o que podrían discutirse, acallarse, desdeñarse. Era una angustia desnuda y franca, el dolor simple de la existencia suelto por el mundo en la moment6nea

candidez de una mirada llena de una inmensidad de fatiga, de desdeñosa sinceridad, de la negra insolencia de una confesión forzada. Alvan Hervey sintióse poseído de asombro, como si hubiera visto algo inconcebible; y algo oscuro en su ser pareció dispuesto a exclamar con él: "¡Jamás lo hubiera creído!"; pero una instantánea reacción de sus heridas susceptibilidades contuvo el pensamiento inconcluso. Sintióse henchido de rencorosa indignación contra la mujer que podía mirarlo así. Aquella mirada lo sondeaba, se entremetía con él. Le resultaba tan peligrosa coma pudiera serlo una indicación de incredulidad susurrada por algún sacerdote en el augusto decoro del templo; al mismo tiempo era impura, inquietante como cínico consuelo balbuceando en la oscuridad, manchando el dolor, corroyendo el pensamiento, envenenando el corazón. Quería preguntarle furiosamente: "¿Por quién me tomas? ¿Por qué me miras así?" Sintióse impotente ante el oculto sentido de aquella mirada; sentíala con una fútil y dolorosa violencia, coma una herida tan secreta que jamás podría vendarla nuevamente. Deseaba aplastarla con una sola frase. El era immaculado. La opinión se hallaba de su parte; la moral, los hombres, los dioses, se hallaban con él; la ley, la conciencia, ¡el mundo entero! Todo lo que ella tenía era aquella mirada. Y lo único que Alvan pudo decir fue:
—¿Por cuánto tiempo piensas permanecer aquí?
No parpadearon sus ojos; sus labios permanecieron cerrados; y por el efecto que tuvieron las palabras del hombre, pareció que se hubiera dirigido a una muerta, si bien la mujer respiraba aceleradamente. Alvan sintióse profundamente desencantado de lo que había dicho. La decepción fue enorme, haciéndole el efecto de una traición. Se engañaba a si mismo. Debiera haber sido completamente diferente; otras las palabras, otra la sensación. Y ante sus ojos, tan fijos que a veces no alcanzaban a distinguir nada, ella permanecía al parecer tan inconsciente como si se encontrara sola, enviando directamente, aquella mirada de impudente confesión con actitud de clavar la vista en el espacio vacío.

Habló Alvan, significativamente:

—¿Seré yo quien tenga que irse entonces?
Y comprendió que no pensaba seriamente
en lo que esto implicaba.

Una de las manos de la mujer agitóse ligeramente
sobre su regazo, como si las palabras
de su marido hubieran caído allí y ella
las arrojara al suelo. Pero su silencio animó a
Alvan. Posiblemente lo motivaba el remordimiento...,
el miedo quizás. ¿La abrumaba,
acaso, su actitud?... La mujer dejó caer los
parparos. ¡Parecía él comprender tantas cosas!...,
¡todo! Bien estaba, pero era necesario
hacerla sufrir. Era lo menos que a él se le
debía. Lo comprendía todo, mas, no obstante,
juzgó indispensable decir, con manifiesta
afectación de cortesía:

—No comprendo..., ten la bondad de...

La mujer se levantó. Por un segundo creyó
él que pensaba marcharse y experimentó la
sensación de que alguien hubiese tirado de
un hilo atado a su corazón. Aquello le dolió.
Permaneció boquiabierto y silencioso. Pero
ella dio un paso irresoluto hacia él, y Alvan,
instintivamente, se apartó. Erguíanse el uno
frente al otro, y entre ellos blanqueaban los
fragmentos de la carta rota, a sus pies, como
un obstáculo insuperable, como signo de
eterna separación. A su alrededor, otras tres
parejas permanecían inmóviles, frente a frente,
como aguardando una señal para iniciar
cualquiera acción: una lucha, una discusión o
una danza.

Ella exclamó: "¡No, Alvan!" y en el dolor
de su voz había algo semejante a una advertencia.
Alvan acentuó el ceño, como si quisiera
desgarrarla con la mirada. Su voz lo conmovió.
Asaltáronle aspiraciones de generosidad,
magnanimidad, superioridad... interrumpidas,
sin embargo, por relámpagos de
indignación y de ansiedad, de una tremenda
ansiedad por saber hasta dónde había llegado
ella. Su mujer bajó la vista hacia la carta rasgada.
Luego levantó de nuevo la mirada y sus
ojos se encontraron una vez más y permane-
cieron preñados entre sí, como con un lazo
irrompible, como con un broche de eterna
complicidad; y el decoroso silencio y la quietud
incisiva de la casa que envolvían este
encuentro de sus miradas se hicieron, por un

instante, inexpresablemente viles, porque él tuvo miedo de que ella fuera a decirle demasiado e hiciera imposible toda magnanimidad, mientras, en la profunda lobreguez de su rostro se acusaba un remordimiento, el remordimiento de las cosas consumadas, el remordimiento del retraso..., el pensamiento de que si ella hubiera vuelto una semana antes..., un día antes..., apenas una hora antes... Tenían miedo de escuchar nuevamente el timbre de sus voces; ignoraban qué podrían decir: algo, quizás, que luego sería irreparable; y las palabras son más terribles que los hechos. Pero la tramposa fatalidad, que acecha en los impulsos oscuros, habló repentinamente por la boca de Alvan Hervey; y escuchó su propia voz con la agitada y escéptica curiosidad con que escuchamos la voz de los actores hablando desde el escenario, en la tirantez de alguna tremenda situación:
–Si has olvidado algo..., desde luego... yo...

Los ojos de la mujer lo miraron en un momentáneo relámpago; temblaron sus labios... y luego ella transformóse también en una intérprete de osa fuerza misteriosa que se cierne eternamente a nuestro lado; de esa perversa inspiración, vagando, loca e incontrolable, como una racha de viento.

–¿A qué viene todo esto, Alvan?... Ya sabes por qué he vuelto... Sabes que no podría yo...

El la interrumpió irritado:

–Luego, ¿qué es esto? –inquirió, señalando al suelo, a la carta hecha pedazos.

–Eso es un error –explicó ella apresuradamente con la voz apagada.

La respuesta le asombró. Permaneció mudo, mirándola. Ganas le daban de romper a reír. Concluyó por mostrar una sonrisa tan involuntaria como una mueca de dolor.

–Un error... –principió lentamente; y se encontró incapaz de agregar una palabra.

–Sí... fue honrado –dijo ella, muy bajo, como si hablase a la memoria de algún sentimiento de un pasado remoto.

El estalló:

–¡Al diablo tu honradez!... ¡Como si hubiera honradez alguna en todo esto!... ¿Desde cuándo eres honrada? ¿Qué haces aquí? ¿Qué

eres ahora? ¿Honrada aún?...

Avanzó hacia ella, furioso, como si estuviera ciego; durante aquellos tres pasos rápidos perdió todo contacto con el mundo material y se vio sacudido interminablemente en una suerte de universo vacío, hecho apenas de angustia y cólera, hasta que se halló, de pronto, ante el rostro de su mujer, próximo al suyo. Se detuvo bruscamente y, en un instante, pareció recordar algo oído hacía siglos.

–¡No conoces siquiera el valor de la palabra!
–gritó.

Ella no titubeó. Alvan observó, aterrorizado, que a su alrededor todo permanecía inmóvil. Su mujer no se movía en lo más mínimo; su propio cuerpo no se estremecía. Una calma imperturbable envolvía sus dos inmóviles figuras, la casa, la ciudad, el mundo entero... y la fútil tempestad de sus emociones.

La violencia del rudo tumulto provocado en su interior fue tal que podía haber destruido toda la Creación; y, sin embargo, nada había cambiado. Se hallaba ante su esposa, en la habitación familiar, en su propia casa. No se había venido abajo. Y, a su derecha e izquierda, todas las innúmeras moradas, apoyándose las unas en las otras, resistieron el choque de su pasión; presentaban, incommovibles, a la soledad de su aflicción, el ceñudo silencio de los muros, la impenetrable y brillante discreción de sus puertas cerradas y sus encubiertas ven-lanas. La inmovilidad y el silencio lo invadían, lo oprimían, como cómplices de la muda e inmóvil mujer que tenía ante él. Se sintió repentinamente vencido. Se le mostraba ahora toda su impotencia. Lo calmó el aliento de una resignación que llegaba hasta él a través de la sutil ironía de la *paz* circundante.

Con cobarde compostura, dijo:

–De cualquier modo, eso no me basta.

Quiero saber algo más... si piensas quedarte.

–No tengo más que decir –replicó ella tristemente.

Tan verdadero SOPÓ esto a Alvan que no contestó nada. Ella prosiguió:

–No comprenderías...

–¿No? –dijo él tranquilo.

Se contenía con esfuerzo para no estallar en aullidos e imprecaciones.

–Quise ser fiel... –empezó la mujer, una

vez más.

–¿Y esto? –exclamó Alvan, señalando los fragmentos de la carta.

–Eso... Eso es un instante de flaqueza – respondió ella.

–Ya lo creo –murmuró él amargamente.

–Quise ser fiel conmigo misma, Alvan..., y honrada para contigo...

–Mejor hubiera sido que trataras de ser fiel para conmigo –interrumpió él, colérico–. Yo te he sido fiel..., y ahora vienes tú a estropear mi vida... nuestras vidas...

Luego de una pausa, la indomeñable preocupación de sí mismo surgió nuevamente y levantó la voz para inquirir, resentido:

–Y, dime, haz el favor, ¿desde cuándo has venido burlándote de mí?

Ella pareció horriblemente herida ante aquella pregunta. No esperó él una respuesta, sino que continuó yendo de acá para allá; aproximándose tan pronto a ella, tan pronto retirándose al otro extremo de la pieza.

–Quiero saber. Supongo que lo sabrá todo el mundo menos yo... ¡y es ésa tu honradez!

–Te repito que no tengo nada más que decirte

–replicó la mujer, hablando sin firmeza, como si sufriera–. Nada de lo que supones. No me comprendes, Alvan. Esa carta es el principio... y el fin.

–El fin... Esto no tiene fin alguno –clamó él, inesperadamente–. ¿No lo entiendes? Yo, si... El principio...

Se detuvo y la miró a los ojos con reconcentrada intensidad, con un imperioso deseo de ver, de penetrar, de comprender, que le llevó el aliento completamente, hasta que sintió ahogarse.

–¡Por Dios! –exclamó conservando, a menos de un paso de ella, una actitud escudriñadora–.

¡Por Dios! –repitió, lentamente, en un tono cuya involuntaria extrañaza resultaba un misterio absoluto para él–. ¡Por Dios!...

¡Podría creerte...! ¡Podría creer cualquier cosa... ahora!

Giró bruscamente sobre sus talones y comenzó a caminar de un extremo al otro de la habitación con aire de haberse sacudido de encima el fallo definitivo de su existencia, de haber dicho algo que no retiraría aunque pudiese. Ella continuaba como enraizada en la

alfombra. Seguía con los ojos los agitados movimientos del hombre, que evitaba mirarla. Su amplia mirada se prendía a él, inquisidora, extrañada y recelosa.

–Pero el hombre andaba siempre metido aquí –irrumpió él distraídamente–. Supongo que te enamoraría... y – y

Bajó la voz–. Y tú... se lo permitiste.

–Y yo se lo permití –murmuró ella, adoptando la entonación misma de Alvan, de manera que su voz resonó inconsciente, lejana y servil, semejante a un eco.

Alvan exclamó por dos veces: "¡Tú! ¡Tú!", con violencia, y se calmó en seguida.

–¿Qué puedes haberle visto a ese tipo? – inquirió con sincero asombro–. Es un asno gordo y afeminado. ¿Qué puedes haber tú...? ¿No eras feliz, pues? ¿No tenías todo lo que necesitabas, todo lo que deseabas? Vamos, con franqueza: ¿no supe ser lo que esperabas de mí? ¿Te desencanté en alguna forma? ¿No te satisfacía nuestra posición?... ¿O nuestro porvenir quizás? Tú misma sabes que no podrías..., es mucho mejor de lo que pudieras haber esperado cuando nos casamos...

Se olvidó de sí mismo hasta gesticular ligeramente, mientras proseguía con gran animación:

–¿Qué puedes haber esperado de un individuo como ése? Es un advenedizo..., un verdadero advenedizo... Si no fuera por el dinero, ¿lo oyes?, por mi dinero, no hubiera sabido el hombre dónde caerse muerto. Sus mismos familiares no querían nada con él. No tenía posición alguna. Es un hombre útil, claro, y por eso es que yo... Te supuse lo suficientemente inteligente para apreciar las cosas...

Y tú... ¡No! ¡Es increíble! ¿Qué te dijo? Acaso ¿no es importante la opinión de nadie?... ¿No hay influencia alguna capaz de conteneros, a vosotras, las mujeres? ¿Pensaste por un instante en mí? Quise ser un buen marido. ¿No lo logré acaso? Dime: ¿qué he hecho? Arrastrado por sus propias emociones, se tomó la cabeza entre las manos y repitió locamente: –¿Qué he hecho?... ¡Dime! ¿Qué?... –Nada –replicó ella.

–¡Ah! ¿Lo ves?... Tú no puedes... – principió Alvan, alejándose triunfalmente; luego, de pronto, como si algo invisible con

que tropezara le hubiera arrojado nuevamente a ella, giró sobre sus talones y gritó a su mujer: —¿Qué esperabas que hiciera yo? Sin una palabra, ella se adelantó con lentitud hacia la mesa y, tomando asiento, reclinóse sobre el codo, cubriéndose los ojos con la mano. Durante todo este tiempo él la miraba atentamente, como esperando descubrir, de un momento a otro, en sus deliberados movimientos, una respuesta a su pregunta. Pero no podía leer nada, no podía recoger indicación alguna de su pensamiento. Quiso vencer el deseo de gritar, que lo dominaba y, después de un instante de espera, dijo con incisivo encono:

—¿Querías, acaso, que te escribiese versos absurdos; que me sentase a mirarte durante horas..., que te hablase de la belleza de tu alma? Debieras haber comprendido que no era yo de esos...; cosas mejores tenía que atender. Pero si te imaginas que estaba totalmente ciego...

En un relámpago percibió que le era fácil recordar una infinidad de circunstancias aclarantes.

Podía recordar multitud de ocasiones precisas en que los sorprendiera; recordaba el gesto, absurdamente interrumpido, de su regordeta mano blanca, la extasiada expresión del rostro de su mujer, el resplandor de unos ojos incrédulos; trozos de incomprensibles conversaciones a las que no prestara atención alguna; silencios que entonces nada significaron y que aparecían ahora luminosos como un rayo de sol. Recordaba todo aquello. No había estado ciego. ¡Oh, no!

Y saber tal cosa constituía un exquisito consuelo, que le armó de nuevo de toda su compostura.

—Parecióme indigno de mí sospechar de ti —dijo pomposamente.

El rumor de aquella frase poseía, evidentemente, cierto mágico poder, porque, luego que hubo hablado, sintióse maravillosamente a sus anchas; y en seguida experimentó un chispazo de alegre asombro al descubrir que se le había ocurrido tan noble y sincera exclamación. Observó el efecto de sus palabras.

La mujer, al oírlas, lo miró rápidamente y de reojo. El sorprendió la visión de unos párpados húmedos y una mejilla enrojecida por la

que bajaba, ligera, una lágrima; luego volvió ella de nuevo a otro lado y continuó como antes, cubriéndose el rostro con las manos.

–Deberas ser completamente franca conmigo –dijo él lentamente.

–Ya estás enterado de todo –replicó ella, terminantemente, por entre sus dedos.

–Sí..., esta carta... Pero...

–Si; y yo regresé –exclamó su mujer, con voz ahogada–, lo que sabes es todo lo que hay.

–Me alegro de ello... por ti –anunció Alvan, con impresionante gravedad.

Se escuchaba hablar con solemne emoción.

Parecía que algo inexpresablemente grave ocurría en la estancia, que toda palabra y todo acto tenían la importancia de hechos dispuestos desde el principio de todas las cosas y en su carácter definitivo resumían todo el objeto de la Creación.

–Por ti –repitió.

Estremeciéronse los hombros de su esposa, como si estuviera sollozando, y Alvan se embebió en la contemplación de sus cabellos. De repente se estremeció, como despertando bruscamente, y preguntó, con suavidad, y en tono no más alto que un suspiro:

–¿Lo has venido viendo con frecuencia?

–¡Nunca! –gritó ella en las palmas de las manos.

Tal respuesta pareció, por un instante, arrebatar a Alvan la facultad de hablar. Agitáronse sus labios durante unos minutos antes de que surgiera rumor alguno:

–Preferíais amaros aquí, en mis mismas narices –exclamó furioso.

Se calmó en seguida, sintiéndose arrepentidamente molesto, como si hubiera perdido algo en la estimación de su mujer por aquella explosión. Ella se incorporó y, apoyada la mano en el respaldo de la silla, encaróse con Alvan, los ojos bien secos. En cada uno de sus mejillas había un manchón rojo.

–Cuando me decidí a marcharme con él... escribí –dijo.

–Pero no fuiste con él –prosiguió Alvan, en el mismo tono-. ¿Hasta dónde llegaste? ¿Qué te hizo regresar?

–Yo misma no lo sé –murmuró la mujer.

Nada en ella se movía, aparte de sus labios.

El la miraba con dureza.

–¿Esperaba él esto? –preguntó–. ¿Te aguardaba en alguna parte?

Ella replicó afirmativamente con un movimiento de cabeza casi imperceptible, y él continuó mirándola por un buen rato sin hacer ruido alguno. Luego, al fin, interrogó brevemente:

–Y supongo que aún estará aguardándote, ¿eh?

Una vez más pareció ella asentir con la cabeza. Por alguna razón sintió él la necesidad de saber la hora. Melancólico, consultó el reloj: las siete y media.

–¿Te espera todavía? –murmuró, volviendo el reloj a su bolsillo.

Volvió la vista hacia ella y, como si le asaltase repentinamente un siniestro sentido de lo humorístico, lanzó una breve carcajada ronca, inmediatamente reprimida.

–¡No! ¡Es lo más estupen...! –tartamudeó, mientras ella permanecía ante él, mordiéndose el labio inferior, como embebida en profundos pensamientos.

El rió otra vez, en una explosión apagada, tan despectiva como una imprecación. Ignoraba por qué experimentaba tan formidable y repentino disgusto por los hechos de la existencia, por los hechos en general; tan inmenso disgusto ante el recuerdo de los innúmeros días que había vivido. Sentíase fatigado. Pensar se le antojaba una labor superior a sus fuerzas. Dijo:

–Me engañaste... y ahora te burlas del otro... ¡Es horrible! ¿Por qué?

–¡Me engañé a mí misma! –exclamó ella.

–¡Bah! ¡Tonterías! –dijo Alvan impaciente.

–Estoy dispuesta a irme, si quieres – prosiguió su mujer, apresuradamente–. Pensé que debías... ser puesto al tanto..., saber...

¡No! ¡No puede! –gritó, y quedó inmóvil, retorciéndose las manos furtivamente.

–Me alegro de que te arrepientas antes de que fuese demasiado tarde –dijo Alvan, en tono grave, mirándose las botas–. Me alegro... algún buen impulso, seguramente – murmuró, como para sí. Después de un instante de pensativo silencio, levantó la cabeza–. Me alegra ver que aún te queda cierta noción de decencia –agregó un poco más alto.

Mirándola, pareció vacilar por un instante, como si calculase las posibles consecuencias de lo que deseaba decir, y terminó por estallar:

–Después de todo, te amaba...

–No lo sabía –murmuró ella.

–¡Dios mío! –murmuró Alvan–. ¿Por qué te imaginas que me casé contigo?

Lo indecoroso de la estupidez de su marido la enojó.

–¡Ah!... ¿Por qué? –repitió entre dientes.

Alvan se manifestó horrorizado y observó atentamente sus labios, temeroso al parecer.

–Imaginé muchas cosas –dijo ella lentamente e hizo una pausa.

El la observaba, conteniendo el aliento. Por último, la mujer prosiguió, meditativamente, como reflexionando en alta voz:

–Traté de comprender. Lo traté de buena fe... ¿Por qué?... Supongo que por hacer lo acostumbrado; por complacerte...

El se alejó muy despejadamente, y al regresar, cerca de ella, mostraba un rostro ruboroso.

–Por entonces tú también parecías muy contenta –silbó con hirviente cólera–. No necesito preguntarte siquiera si me amabas.

–Ahora comprendo que era yo absolutamente incapaz de ello –replicó ella con calma–.

Si te hubiera amado, quizá no te hubieras casado conmigo.

–Es seguro que no lo hubiera hecho, de haberte conocido... como ahora te conozco.

Se recordó declarándole su amor... siglos hacía. Paseaba por la cuesta de un prado.

Grupos de gente desparramándose bajo el sol. Las sombras de las ramas frondosas de los árboles se inmovilizaban sobre el breve césped. Los lejanos y coloridos quitasoles, a través de los árboles, semejaban deliberadas mariposas brillantes que se movían sin un sacudimiento. Amablemente sonrientes, o bien muy serios, en el refugio impecable de sus negras chaquetas, se veían numerosos hombres al lado de las mujeres, que, envueltas en ropas claras de verano, recordaban todos los fabulosos relatos de encantados jardines en los que flores animadas sonreían a fascinados caballeros. Había en todo ello una pomposa serenidad, una tenue, vibrante agitación, la seguridad absoluta de una invencible ignorancia que despertaba en su

interior una fe trascendental en que la dicha era la riqueza de la humanidad entera; un deseo, locamente pintoresco, de adquirir para sí, rápidamente, algo de aquel esplendor, que no alcanzaba a turbar la sombra de un pensamiento.

La muchacha caminaba a su lado; nadie se acercaba, y, repentinamente, él se detuvo para hablar como un inspirado. Alvan se recordaba mirándola a los ojos puros, a la frente cándida; se recordó lanzando a su alrededor una rápida mirada por ver si eran observados y pensando en que nada malo podía ocurrir en un mundo tan rico en encanto, en pureza y en distinción. Se enorgullecía de él. El mismo era uno de sus creadores, de sus dueños, de sus guardianes, de aquellos que lo enaltecían. Hubiera querido cogerlo sólidamente, obtener de él tanta satisfacción como fuera posible; y en consideración a su incomparable calidad, a su ambiente immaculado, a su proximidad al paraíso de su propia creación, aquella racha de deseo brutal parecía la más noble de las aspiraciones. En un segundo vivió nuevamente todos aquellos instantes, y entonces todo el dolor de su fracaso surgió ante él con tal claridad que hubo una sospecha de lágrimas en el tono de su voz al decir irreflexivamente: –¡Dios mío, sí! ¡Te amaba!

Ella pareció conmovida por la emoción de su voz. Temblaron sus labios ligeramente y avanzó hacia él con un paso vacilante, alargando las manos en un gesto de súplica, cuando comprendió, apenas a tiempo, que, absorto Alvan en la tragedia de su propia vida, había olvidado por completo su existencia. Se detuvo, y dejó caer lentamente los brazos que alargaba. Alvan, contraídas las facciones por la amargura de sus pensamientos, no vio ni su movimiento ni su gesto. Irritado, dio con el pie en el suelo, pasóse la mano por la cabeza y estalló: –¿Qué diablos voy a hacer ahora? Se había inmovilizado una vez más. La mujer pareció comprender y se adelantó hacia la puerta con firmeza. –Es muy sencillo: me voy –dijo en voz alta. Al escuchar su voz, Alvan se estremeció de sorpresa, la miró extrañado e interpeló en tono cortante: –Tú... ¿Adonde? ¿Con él? –No, sola... Adiós.

La aldaba resonó bajo su mano apretada como si estuviera luchando por escapar de algún sitio oscuro. –¡No! ¡Quédate! –gritó él. Ella lo oyó apagadamente. Alvan distinguió su hombro tocando ya el filo de la puerta. Como si estuviera mareada, la mujer se tambaleaba. Siguió menos de un segundo de incertidumbre, durante el cual ambos se sintieron como a la orilla misma de la aniquilación moral, prontos a precipitarse en un abismo desconocido. Luego, casi simultáneamente, él gritó: "¡Ven acá!", y ella dejó libre el aldabón. La mujer se volvió, en apacible desesperación, como quien, deliberadamente, ha dejado escapar la última esperanza de vida; y por un momento, la habitación a la que se volvía antojósele espantosa, oscura y segura... como una tumba, Alvan anunció, ronco y abrupto: "Esto no puede terminar así... Siéntate"; y mientras ella cruzaba nuevamente la estancia hasta la silla de pequeño respaldo que había ante el tocador, Alvan, abriendo la puerta, asomó la cabeza para lanzar una mirada y escuchar. La casa estaba tranquila. Calmado, volvió y preguntó: –¿Me dices la verdad? Ella asintió. –No obstante, has estado viviendo una mentira –dijo él, desconfiado. –¡Ah! ¡Lo hacías tú tan fácilmente! –replicó ella. –¡Me reprochas! ¡A mi! –¿Cómo podría hacerlo? –respondió su mujer–; no tengo a nadie sino a ti... ahora. –¿Qué quieres decir con... –principió él, luego se reprimió y, sin aguardar una respuesta, prosiguió–... No quiero dirigirte pregunta alguna. ¿Es esta carta lo peor del asunto ? Ella tuvo un nervioso movimiento de las manos. –Me has de responder con franqueza – anunció Alvan, vehemente. –¡Bien, no! Lo peor es que yo haya vuelto. Siguió un período de muerto silencio, durante el cual cambiaron miradas escrutadoras. Autoritariamente Alvan dijo: –No sabes lo que dices. Te hallas fuera de quicio, o no dirías eso. No puedes dominarte. Aun en tu remordimiento...–. Calló por un

instante y luego, con aire doctoral: –El dominio sobre sí mismo es el todo en la vida, ya lo sabes. Es la dicha, la dignidad..., todo.

La mujer retorció nerviosamente su pañuelo, mientras él proseguía hablando, observando ansioso el efecto de sus palabras.

Nada satisfactorio ocurrió. Apenas si ella, al comenzar Alvan a hablar, se cubrió el rostro con las manos.

–Te habrás dado cuenta a lo que conduce la falta de dominio sobre uno mismo. Dolores, humillaciones, pérdida del respeto, de amigos, de todo aquello que ennoblece la vida... A todo género de horrores –concluyó, bruscamente.

La mujer no se movió. Alvan la miró pensativo un buen rato, como si estuviera reconcentrado los melancólicos pensamientos en él, evocados por el espectáculo de aquella mujer humillada. Sus ojos se hicieron fijos y pesados; sentíase profundamente penetrado de la solemnidad del momento; sentía hondamente la trascendencia de aquella ocasión, y, más que nunca, los muros de su casa parecían encerrar la santidad de aquellos ideales a los que se encontraba a punto de ofrecer un magnífico sacrificio. Él era el sumo sacerdote de aquel templo, el severo guardián de fórmulas y ritos, del puro ceremonial que encubre las dudas negras de la vida. Y no se hallaba solo. Había otros –los mejores de ellos– que cuidaban y vigilaban al lado de los hogares, que eran los altares de aquella fructífera secta. Comprendía confusamente– que él formaba parte de algún inmenso poder benéfico, que otorgaba una pronta recompensa a toda discreción. Moraba él en la invencible sabiduría del silencio; protegíalo una fe indestructible, de eterna existencia, capaz de soportar firmemente cualquier asalto: ¡las ruidosas maldiciones de los apóstatas y la fatiga secreta de sus confesores! Se hallaba en liga con un mundo de inexpresables ventajas. Representaba la fuerza moral de una hermosa reticencia, capaz de vencer todas las deplorables miserias de la vida: el miedo, el desastre, el pecado..., aun la muerte misma. Se le antojó que se hallaba a punto de barrer, triunfalmente, todos los ilusorios misterios de la existencia. Esto era la esencia de la sencillez.

–Espero que comprenderás ahora la insensatez,
la absoluta insensatez de la maldad –
principió, con un aire pesado y solemne–. Es
necesario respetar las condiciones de la existencia
o verse privado de cuanto ella puede
ofrecernos. ¡De todo! ¡De todo!
Alargó el brazo una vez, y tres réplicas
exactas de su rostro, de sus ropas, de su pesada
severidad, de su solemne dolor, repitieron
el gesto amplio, que en su comprensivo
alcance indicaba un infinito de dulzura moral,
estrechaba los muros, las colgaduras, la casa
entera, toda la exterior multitud de casas,
todas las fosas inescrutables y endeblés de
los vivos, de puertas numeradas como las
puertas de las celdas y tan impenetrables
como el granito de las lápidas.
–¡Sí! Sujeción, deber, fidelidad; inquebrantable
fidelidad a lo que de nosotros se
espera. Esto, sólo esto, nos asegura la recompensa,
la paz. Nos toca luchar por vencer,
por destruir toda otra cosa. Cualquiera
otra cosa no es sino vergüenza, infamia. Es
horrible, horrible. Debemos ignorarla en absoluto...,
no nos es necesario saber *de* su
existencia. Es nuestro deber para con nosotros
mismos, para con los demás. No vivimos
solos en el mundo, y si carecemos de todo
respeto para con la dignidad de la vida, los
demás, no. La vida es cosa seria. Si no se
sabe adaptarse a sus más altas leyes, no se
es dueño de personalidad alguna..., se vive
en una especie de muerte. ¿No se te ocurrió
nunca tal cosa? No tienes más que mirar a tu
alrededor para apreciar la verdad de mis palabras.
¿Es que has vivido sin observar nada,
sin comprender nada? Desde pequeña tuviste
un ejemplo ante los ojos... Diariamente te
era dable contemplar la belleza, la bendición
de la moral, de los principios.
Su voz se elevaba y caía pomposa, en un
extraño sonsonete. Sus ojos se hallaban inmóviles;
la mirada era exaltada y adusta;
tenía el rostro fijo, duro, y se exasperaba
impenetrablemente en la torva inspiración
que en secreto lo poseía, que hervía en su
interior y lo elevaba a una furtiva locura de
fe. De cuando en cuando, alargaba el brazo
derecho sobre la cabeza de su esposa y
hablaba de lo alto a aquella pecadora, con

una impresión de vengadora virtud, con una profunda y pura alegría, como si él pudiera, desde su elevado pináculo, distinguir cómo toda formidable palabra suya la alcanzaba y la hería como piedra justiciera.

–Rígidos principios..., absoluta adhesión a cuanto está bien –concluyó después de una pausa.

–¿Qué es lo que está bien? –demandó ella, impenetrable, sin descubrirse el rostro.

–¡Tu mente se ha corrompido! –gritó Alvan, digno y austero–. Tal pregunta es podredumbre, absoluta podredumbre. Mira a tu alrededor... Allí está la respuesta que buscas, sólo con que quieras ver. Nada que contravenga las creencias a nosotros legadas puede estar bien. Tu propia conciencia te lo dice. Ellas son las creencias legadas a nosotros porque son las mejores, las más nobles, las únicas concebibles. Ellas sobreviven... No pudo dejar de percibir, complacido, el hábito filosófico de sus palabras, pero no podía detenerse a paladearlo, porque su inspiración, la voz de una augusta verdad, le arrastraba:

–Debemos respetar los cimientos morales de una sociedad que ha hecho de nosotros lo que somos. Seamos leales a ella. Ese es nuestro deber... ése es el honor..., eso es lo honrado.

Sintió un gran ardor en su interior, como si hubiera tragado algo caliente. Dio un paso hacia ella. La mujer levantó a él los ojos con una apasionada expectación que estimuló en Alvan la impresión que tenía de la importancia suprema de aquel instante. Y, como si se olvidara de sí mismo, levantando mucho la voz, agregó:

–¿Qué es lo que está bien, me preguntas? Piensa únicamente: ¿qué hubiera sido de ti, de haberte ido con aquel vagabundo miserable?... ¿Qué sería de ti?... ¡De ti! ¡Mi esposa! Sorprendióse en el gran espejo, retratado por entero, y con un rostro tan blanco, que sus ojos, de lejos, semejaban las negras cavidades de un cráneo. Se vio como dispuesto a lanzar imprecaciones, los brazos levantados sobre la cabeza inclinada de su mujer. Sintióse avergonzado de aquella indecorosa actitud, apresurándose a meterse las manos en

los bolsillos. Débilmente, como, para sí, la mujer murmuró:

–¡Oh! ¿Qué es de mí ahora?

–Al menos, aún eres Mrs. Alvan Hervey..., lo que resulta extraordinariamente dichoso para ti, si me lo permites –replicó él, con tono ligero.

Avanzó al extremo rincón de la habitación y, al regresar, vio a su mujer sentada, muy rígida, las manos apretadas sobre el regazo y con una perdida mirada recta en los ojos, que se clavaban firmes, como los ojos de los ciegos, en la cruda llama del gas, clara e inmóvil entre las mandíbulas del dragón de bronce.

Alvan aproximóse mucho a su mujer y, abriendo ligeramente las piernas, se quedó mirándola un buen rato a la cara sin retirar las manos de los bolsillos. Parecía estar revolviendo en su mente *una* serie de palabras, componiendo sus frases próximas de entre una formidable abundancia de pensamientos.

–Has abusado de mí hasta el límite – irrumpió al fin; y, tan luego como hubo pronunciado estas palabras, le pareció que perdía su apoyo moral, sintiéndose arrancado de su pináculo por un reflujo de apasionado resentimiento contra la trapacera criatura que estuvo tan cerca de arruinar su vida–. Sí, has abusado de mí más de lo que nadie puede abusar –prosiguió, con virtuosa amargura–. Tu conducta fue injusta. ¿Qué te impulsó así a...? ¿Qué?... Escribir tai... ¡Después de cinco años de absoluta felicidad! ¡Mi palabra, que nadie lo creería...! ¿Acaso no sentiste que no serías capaz de hacerlo? Porque no eras capaz..., era imposible... tú lo sabes. ¿No? Reflexiona. ¿No?

–Era imposible –murmuró ella, obediente. La sumisa aquiescencia, otorgada con tal facilidad, no le calmó, no le satisfizo; le trajo, inexplicablemente, esa sensación de terror que experimentamos cuando, rodeados de condiciones que hemos aprendido a considerar seguras por completo, descubrimos, de pronto, la presencia de un peligro próximo e insospechado. ¡Era imposible, claro! El lo sabía. Lo sabía ella. Ella lo confesaba. ¡Imposible! Y el otro lo sabía, tan bien como otro cualquiera; no hubiera podido dejar de saberlo. Y, no obstante, aquellos dos habíanse empeñado

en una conspiración en contra de su paz... en una empresa criminal para la cual no existía en ellos la sanción siquiera de la fe. ¡No podía haberla habido! ¡No era posible! Y, sin embargo, cuan cerca había estado... Con una breve inquietud, Alvan se vio convertido en un hombre destituido, desterrado a un reino de locura indomeñable e irrefrenable. Nada era posible prever, predecir; de nada era posible defenderse. La sensación era intolerable, tenía algo del horror descarnado que es de concebirse sigue a la extinción de toda esperanza. En el relámpago de sus pensamientos el deshonesto episodio parecía desprenderse de todo cuanto era real y efectivo, de las condiciones terrenas y aun del terreno dolor, convirtiéndose apenas en una terrorífica certidumbre, fin la aniquilante certidumbre de alguna fuerza ciega e infernal. Algo desesperado y vago, el aliento de un deseo impuro de rebajarse él mismo ante los impulsos misteriosos del mal, de pedir piedad de algún modo, cruzó por su mente; y luego asaltó la idea, la inducción, la seguridad de que al mal debe olvidársele, debe ignorársele resueltamente para hacer posible la existencia; que la certidumbre del mal debe ser arrojada del espíritu, apartada de la vista, como la certidumbre de una muerte inevitable se oculta a la diaria existencia de los hombres. Se dio ánimo interiormente para dar aquel paso, y en seguida se le ocurrió muy fácil, asombrosamente factible, con sólo apegarse estrictamente a los hechos, con sólo entregar el espíritu a sus perplejidades y nunca a su significación. Percatándose del largo silencio, aclaróse la garganta en son de advertencia y anunció, con firme voz:

–Me alegro de ver que así lo sientes... extraordinariamente..., de ver que así lo comprendiste a tiempo. Porque ves...

–Sí, ya lo veo –murmuró la mujer. – Naturalmente –dijo él, la mirada en la alfombra y hablando como quien piensa en otra cosa. Levantó la cabeza–. Me resisto a creer... aun después de esto..., aun después de esto..., que tú seas otra... otra por completo... de la que yo había creído. Me parece imposible. –A mi también –suspiró ella.

–Sí, ahora... –dijo él–; pero, ¿esta mañana

?... ¿Y mañana?... Esto es lo que...

Inquietóse ante el giro de sus propias palabras y se interrumpió bruscamente. Todo tren de ideas parecía llevarle a aquel reino sin esperanza, de indomeñable locura; despertar la certeza y el terror de fuerzas que toca ignorar.

Con rapidez continuó:

–Mi situación es muy dolorosa... muy difícil... Creo... la miró fijamente, con aire dolorido, como oprimido tremendamente por una repentina incapacidad para expresar sus acorraladas ideas.

–Estoy dispuesta a irme –replicó ella, muy bajo–. Lo he perdido todo... por aprender..., aprender...

Dejó caer el mentón sobre el pecho y su voz murió en un suspiro. Alvan tuvo un gesto breve de impaciente asentimiento.

–¡Sí, sí! Eso está muy bien, naturalmente..., si creo ahora en tus palabras... Ella dio un salto, sobresaltándole.

–¡Oh! ¡Te creo, te creo! –dijo él, con presteza, y ella volvió a sentarse tan de repente como se levantara. Con aire melancólico el prosiguió:

–He sufrido..., sufro aún. No puedes comprender cuánto sufro. Tanto que, cuando me propones la separación, llego a pensar... Pero, no. Queda el deber. Tú lo has olvidado; yo, no. Por el cielo, te juro que yo no lo he olvidado nunca. Mas, en una revelación tan espantosa como ésta, el juicio de la humanidad se extravía... al menos, por algún tiempo.

Tú ves; tú y yo, al menos así lo creo yo, tú y yo somos uno para el mundo. Eso es lo que debe ser El mundo tiene razón... generalmente;

si no, no podría..., no, no podría ser... lo que es. Y nosotros formamos parte de él. Tenemos un deber que cumplir para... para con nuestros prójimos, que no quieren..., no quieren... pecar. Las últimas palabras las balbuceó apenas. La mujer levantó a él la vista, muy abiertos los ojos, los labios ligeramente separados. El prosiguió borbotando:

–Dolor... Indignación... No es difícil interpretar mal. Ya he sufrido bastante. Y si no ha existido nada irreparable, como me lo aseguras, entonces...

–Dolor... Indignación... No es difícil interpretar mal. Ya he sufrido bastante. Y si no ha existido nada irreparable, como me lo aseguras, entonces...

–¡Alvan! –gritó ella.

–¿Qué? –replicó él, arisco.

Bajó ella la mirada con expresión sombría,
como quien contempla la ruina y la devastación
después de un desastre natural.

–Entonces –continuó, pasada una breve
pausa–, lo mejor es..., lo mejor para nosotros...,
para todos... Sí..., lo menos doloroso...
lo más generoso...

Tembló la voz y la mujer alcanzó apenas a
percibir palabras sueltas.

–Deber... Fardo... Nosotros mismos... Silencio...

Luego siguió un instante de perfecta
quietud. –Un llamado hago a tu conciencia –
dijo él, repentinamente, en tono explicativo–
para que no vayas a agregar nada a esta miseria:
trata, por todos los medios, lealmente,
de hacer que olvidemos –esto –en cualquier
forma. Sin reservas de ninguna naturaleza.
¡Lealmente!, ¿estamos? No negarás que me
has herido cruelmente... y, después de todo...,
mi afecto bien merece...

Hizo una pausa, con manifiesta ansiedad
por oírla hablar. –No te hago reserva alguna
–replicó ella, tristemente–. ¿Cómo voy a
hacerlo? Me encontré en la calle y regresé
a... –sus ojos relampaguearon fieramente por
un segundo– ...a lo que..., a esto que ahora
me propones. Verás..., yo... ahora puedes...
confiar en mí...

El la escuchaba con profunda atención, y
cuando la mujer cesó de hablar, parecía
aguardar algo más. –¿Es eso todo lo que tienes
de decir?

El tono de su voz sobresaltó a la mujer,
que dijo, blandamente:

–Te he dicho la verdad. ¿Qué más puedo
decir?

–¡Maldita sea! ¡Podías decir algo humano!
–estalló él–, No se trata de ser sincero, sino
de desenmascararse, si quieres que te lo diga
claramente. No has dicho una palabra que
revele que has comprendido, apreciado tu
posición..., la mía. Ni una palabra de confesión,
de arrepentimiento... o de... o... algo.

–¡Palabras! –murmuró ella, en un tono irritante
para Alvan. Este, dando con el pie en el
suelo:

–¡Esto es horrible! –exclamó–. ¿Palabras?
Palabras, sí. Las palabras tienen su significado...,
claro que sí..., a despecho de toda esta
infernical afectación. Tienen su valor para

mi..., para todos..., para ti. ¿Qué diablos, si no palabras, empleaste para expresar esos sentimientos..., ¡sentimientos!, ¡puah!, que te llevaron a olvidarte de mi, del deber, del decoro?...

Espumaba por la boca, mientras ella le miraba, aplastada por aquella furia repentina.

–¿Os hablabais sólo con los ojos? –farfulló él, salvajemente.

La mujer se levantó.

–No puedo sufrir esto –dijo, temblando de pies a cabeza–. Me voy.

Se encararon uno con el otro durante un momento. –No, no te vas –dijo él, con deliberada grosería, volviendo a recorrer la habitación a grandes pasos.

Ella permanecía silenciosa, con aire de escuchar los latidos de su propio corazón, y luego cayó en la silla lentamente, suspirando, como si abandonara una empresa superior a sus fuerzas.

–Interpretas erróneamente cuanto digo – anunció Alvan, con calma–, pero prefiero creer que, en este instante, no eres responsable de tus actos–. Se detuvo ante ella una vez más–. Te hallas fuera de ti –dijo con unción–.

Si te marchas ahora, no harás sino agregar un crimen, un crimen, sí, a tu locura.

No quiero tener un escándalo en mi vida, cueste lo que costare. ¿Por qué? De seguro me comprenderás mal, absolutamente. Las mujeres no hacen sino interpretar mal todas las cosas...; son demasiado... estrechas de criterio.

Aguardó durante un instante, pero ella no hizo ruido alguno; ni siquiera lo miró. Alvan sentíase molesto, dolorosamente molesto, como quién sospecha que se desconfía de él sin razón alguna. Para combatir tan exasperante sensación, volvió a hablar con gran rapidez.

El rumor de sus palabras excitaba sus ideas, y en aquel juego de pensamientos agudos como dardos, vislumbró, aquí y allá, la roca inexpugnable de sus convicciones levantándose, en solitaria grandeza, sobre la miseria infructífera de errores y pasiones.

–Porque por sí mismo se impone – prosiguió, con ansiosa vivacidad–, por sí mismo se impone que, por muy altos que nos hacemos, no tenemos derecho alguno a arrojar

nuestras faltas a aquellos que... que esperen, naturalmente, cosas mejores de nosotros. Todo ser viviente aspira a que su vida y la vida de los que lo rodean sean bellas y puras. Ahora bien: "un escándalo entre personas de nuestra posición es desastroso, dada la moralidad..., una influencia fatal... ¿comprendes? sobre el tono general de la clase a que pertenecemos... es muy importante, la más importante, creo sinceramente, en la comunidad. Abrigo profundamente esta convicción. Tal es el criterio más amplio. Ya me concederás tú... cuando vuelvas a ser la mujer a quien amé..., en quien confié... Se detuvo bruscamente, como sofocándose de pronto, y luego, con voz por completo cambiada, continuó:

–Porque te amé, porque confié en ti –y volvió a callar por un momento. Ella llevóse el pañuelo a los ojos.

–No negarás la justicia de mis motivos. No los guía, generalmente, sino mi lealtad a... a las condiciones superiores de nuestra existencia..., en la que tú –¡tú, de entre todas las mujeres!– fracasaste. No se habla con frecuencia de este modo, es verdad...; pero en el caso presente tendrás que admitir... Y considera que... el inocente sufre a la par que el culpable. El mundo es implacable en sus juicios. Por desgracia, nunca faltan en él aquellos siempre ávidos de interpretar torcidamente. Ante ti y ante mi conciencia nada tengo que reprocharme; pero cualquiera... cualquier revelación menoscabaría considerablemente mi utilidad en aquel círculo..., en el círculo mejor en el cual espero que pronto... Creo que tú compartiste ampliamente mi manera de ver a este respecto... No quiero decir una palabra más... sobre este punto...; pero, créeme, el verdadero desinterés consiste en sufrir nuestros dolores en... en silencio. El ideal ha de... de preservarse... para los demás, siquiera. Esto es claro como la luz del día. Si tengo ahora una llaga repugnante, exhibirla gratuitamente sería abominable, ¡abominable! Y en la vida –en la más alta concepción de la vida– una lengua viperina es con frecuencia, en ciertas circunstancias, algo verdaderamente criminal. La tentación, ya lo sabes, no disculpa a nadie. Tal cosa, en realidad,

no existe, si sabemos buscar con firmeza nuestro bienestar..., el cual se basa en el deber. Mas quedan los débiles... –Su tono hízose feroz por algunos instantes–. Quedan también los imbéciles y los envidiosos... particularmente envidiosos de gentes de nuestra posición. Soy inocente de esta espantosa... espantosa locura; pero, si nada irreparable ha ocurrido... –Algo melancólico, como una sombra espesa, pasó por su rostro–. Si no ha habido nada irreparable –ya ves que aun ahora estoy pronto a creerte implícitamente–, entonces, nuestro deber está claro.

Bajó la vista. Un cambio se operaba en su expresión, y de un salto pasó del ímpetu de su locuacidad a la pesada contemplación de todas las sedantes verdades que, no sin cierta extrañeza, había podido descubrir hacía poco en su interior. Durante aquella profunda y consoladora comunión con sus más íntimas creencias permaneció con la mirada fija en la alfombra, con el rostro portentosamente solemne y una dura vacuidad en los ojos, que parecía asomarse al vacío de un hueco. Luego, sin estremecerse en lo más mínimo, prosiguió:

–Sí, perfectamente claro. Has abusado hasta el límite de mi confianza y no puedo pretender que, por algún tiempo, los viejos sentimientos..., los viejos sentimientos no hayan... –Suspiró–... Pero te perdono... Sin descubrirse los ojos, la mujer hizo un ligero movimiento. Escudriñando profundamente la alfombra, él no lo observó. Reinaba el silencio, silencio interior, silencio exterior, como si sus palabras hubieran inmovilizado el latido y el tremor de la vida que los rodeaba y la casa se levantase sola, como única morada en una tierra desierta. Alvan levantó la cabeza, para repetir solemnemente: –Te perdono... impulsado por el deber y con la esperanza de...

Escuchó una carcajada que no sólo interrumpió sus palabras, sino que destruía también la paz de su absorción en si, con el dolor vil de una realidad imponiéndose a la belleza de un sueño. Alvan no acertaba a comprender de dónde procedía el rumor. Distinguía, esfumado, el rostro doloroso de la mujer, alargado y manchado de lágrimas, la cabeza –echada atrás sobre el respaldo del asiento.

Pensó que el ruido desgarrador no pasaba de haber sido una ilusión. Pero otra aguda risotada, seguida de un hondo sollozo, al que siguió un nuevo chillido de alegría, parecieron arrancarle positivamente de dónde se hallaba. Se acercó a la puerta. Estaba cerrada. Hizo girar la llave y pensó: ¡Es inútil... ¡Basta", gritó; y notó, alarmado, que apenas si lograba oír su propia voz entre los gritos de la mujer. Retrocedió, con la idea de ahogar con sus manos el ruido intolerable, pero permaneció inmóvil, aturdido, sintiéndose tan incapaz de tocarla como si la mujer estuviera ardiendo. Gritó: "¡Ya basta!" como gritan los hombres en el tumulto de una riña, rojo el rostro y los ojos incitantes; luego, como barrido por un nuevo estallido de risas, desapareció, de pronto, de tres espejos, desvaneciéndose repentinamente ante la mujer. Durante un rato estuvo ella riendo y sollozando en la soledad y la luminosa quietud del cuarto vacío. Alvan reapareció, dirigiéndose a ella con un vaso de agua en la mano. Balbuceando: "Un ataque de histeria... Cállate... Te van a oír... Bebe.. Toma...". Ella rió al cielo raso. –¡Cállate! –gritó él–. ¡Ah!

Le arrojó el agua a la cara, poniendo en su gesto toda la secreta brutalidad de su despecho y abrigando la certeza de que hubiera sido perfectamente disculpable en cualquiera haber arrojado el vaso tras del agua. Procuraba dominarse, pero, al propio tiempo, tan convencido se hallaba de la imposibilidad de acallar aquellos locos chillidos que al llegar la primera sensación de alivio, no se le ocurrió siquiera dudar–por un instante de la realidad de la impresión de haberse vuelto repentinamente sordo. Cuando un momento después se aseguró de que su "mujer se hallaba inmóvil y realmente tranquila, parecióle como que todo –hombres, cosas, sensaciones– hubiera hecho alto. Se encontraba dispuesto a sentirse agradecido. No podía apartar la vista de ella, temiendo, si bien resistiéndose a admitir, la posibilidad de que fuera a estallar nuevamente; pues aquella experiencia, por muy despreciativamente que quisiera considerarla, habíale dejado el azoramiento de un misterioso terror. El agua y las lágrimas se escurrían por el rostro de su mujer;

un mechón de cabellos caía sobre su frente, otro se le pegaba a la mejilla; tenía el sombrero echado sobre un lado, indecorosamente inclinado; el velo, empapado, semejaba un sórdido harapo que festonease su frente. Había una absoluta libertad en su aspecto, un abandono de toda salvaguardia, esa fealdad de la verdad que sólo es posible apartar de la diaria existencia gracias a un meticuloso cuidado de las apariencias. No se explicó Alvan por qué, al mirarla, pensó en el mañana, y por qué la idea de éste despertaba tan profunda sensación de indecible, desalentado cansancio: un miedo enorme de encararse con los días por venir. ¡Mañana! Estaba tan lejos como ayer. A veces pasan siglos entre dos amaneceres. Escudriñaba las facciones de su mujer como se contempla un país olvidado. No aparecían contraídas y parecíale reconocer ciertos rasgos característicos, por decirlo así, pero lo que ahora veía era apenas una semejanza, no la mujer de ayer... ¿o sería acaso, algo más que la mujer de ayer? ¿Quién podría afirmarlo? ¿No sería algo nuevo? ¿Una nueva expresión?... ¿o el nuevo matiz de una misma expresión?, ¿o algo muy hondo?: alguna vieja verdad descubierta ahora, alguna inútil, maldita certeza... Percatóse de que temblaba ligeramente, de que sostenía en la mano un vaso vacío..., que pasaba el tiempo. Mirándola todavía con débil desconfianza, alargó el brazo hacia la mesa para dejar allí el vaso, y le sobrecogió sentir que, al parecer, atravesaba la madera. Había puesto el vaso en la orilla de la mesa. La sorpresa, el ligero tintineo provocado por el accidente, incomodáronle inexpresablemente. Volviéndose hacia ella, irritado: —¿Qué significa esto? —interrogó ceñudo. La mujer se pasó la mano por el rostro e intentó levantarse. —No vuelvas a comportarte tan estúpidamente —dijo él—. En verdad, jamás hubiera creído que te olvidarás de ti hasta ese punto—. No procuraba ocultar su desagrado físico, porque lo suponía apenas una condenación puramente moral de todo desahogo, de todo lo que semejara una escena—. Te digo que era irritante —continuó. La miró por un momento—. Verdaderamente degradante —

agregó, con insistencia.

La mujer se puso de pie, rápida, como impulsada por un resorte, y vaciló. Instintivamente el avanzó. Ella, asiéndose al respaldo de la silla, se rehizo. Esto le detuvo y ambos se encararon uno contra el otro, muy abiertos los ojos, indecisos y, con todo, volviendo lentamente a la realidad de las cosas, aliviados y asombrados, como si acabaran de despertar después de una noche de sueños febriles.

–Por favor, no empieces otra vez –dijo él, apresuradamente, al verla abrir los labios–. Merezco alguna consideración... y tu horrorosa conducta de hace un instante es muy penosa para mi. Espero de ti mayor... Tengo derecho...

La mujer se oprimió ambas sienes con las manos.

–¡Oh, tonterías!. –exclamó Alvan, cortante– Puedes, seguramente, bajar a cenar. Nadie sospechará siquiera; ni los criados. ¡Nadie! ¡Nadie!... Seguro que puedes.

Ella dejó caer los brazos; su rostro se contrajo. Lo miró a los ojos, incapaz, al parecer, de pronunciar una palabra. Alvan le hizo un gesto.

–Lo... quiero –dijo tiránicamente–. Por ti también. Sé proponía insistir sobre esto, despiadado. ¿Por qué no hablaba? Alvan temía aquella pasiva resistencia. Debía ella... Había que hacerla bajar. Acentuósele el ceño y comenzaba a pensar en alguna violencia efectiva, cuando, de la manera más inesperada, anunció ella, con voz firme: "Sí, sí, puedo", y se tomó nuevamente de la silla. El hombre respiró y, en seguida, cesó de interesarse en la actitud de su mujer. Lo importante era que su vida principiaría nuevamente con un acto vulgar, con algo que no podría interpretarse erróneamente; que, a Dios gracias, carecía de toda significación moral, de toda perplejidad... y que, sin embargo, simbolizaba su comunión ininterrumpida de otros días..., y en el futuro. Aquella mañana, sentados a aquella mesa, habían tomado el desayuno; y ahora cenarían. ¡Todo había pasado! Lo ocurrido entre ambas comidas podría echarse al olvido: debía olvidarse, como todo lo que ocurre sólo una vez... como la muerte, por ejemplo.

–Te espero –dijo él, yendo a la puerta.
Forcejeó un momento para abrirla, pues se había olvidado que la cerrara con llave. El tropiezo lo enojaba, y su retenida impaciencia por abandonar la habitación lo llevó a sentirse profundamente enfermo, mientras con la conciencia de tener a su espalda a su mujer, luchaba con el cerrojo. Logró al fin abrir, y, ya en el umbral, sin volverse, lanzó una mirada para decir: "Ya es tarde, ¿en?", y la vio, de pie donde la dejara, el rostro blanco como el alabastro y absolutamente inmóvil, como una mujer en un trance.

Temía Alvan que su mujer le hiciese esperar, pero, sin que hubiera tenido tiempo siquiera de respirar, apenas si sabía como, encontróse sentado con ella a la mesa. Estaba resuelto a comer, a hablar, a aparecer natural. Se le antojaba necesario comenzar la representación en casa. Los criados no debían saber, no debían sospechar. Este intenso deseo de reserva, de reserva oscura, destructora, profunda, discreta como una tumba, poseíale con la fuerza de una alucinación..., parecía extenderse a las cosas inanimadas que fueran las diarias compañeras de su existencia; imprimía un matiz de enemistad a todo objeto encerrado entre los muros fieles, que se levantarían eternamente entre el deshonor de los hechos y la indignación de la humanidad. Aun cuando –como ocurrió dos o tres veces– ambas doncellas abandonaron juntas el comedor, permanecía él cuidadosamente natural, industriosamente hambriento, laboriosamente desenfadado, como si quisiera engañar a la cornisa de cedro negro, a las pesadas cortinas, a las sillas de duros respaldos, haciéndoles creer en una inmaculada felicidad. Desconfiaba del dominio que pudiera tener su esposa sobre sí misma, resistiéndose a mirarla, insistente en el hablar, porque se le antojaba inconcebible que ella no fuera a traicionarse por algún ligero movimiento, con la primera palabra que pronunciase. Le pareció luego que el silencio de la habitación se hacía peligroso y tan excesivo que producía el efecto de una batahola intolerable. Hubiera querido interrumpirlo, como se ansia interrumpir una Indiscreta confesión; pero, recordando aquella risa escuchada arriba,

no se atrevía a ofrecerle una oportunidad de abrir los labios. De pronto oyó su voz, haciendo con calma alguna observación sin importancia. Alvan apartó los ojos del centro de su plato y se sintió tan agitado como si estuviera a punto de contemplar algo extraordinario. Y nada, ciertamente, más extraordinario que la compostura que guardaba su mujer. Observaba los ojos cándidos, la frente pura; cuanto había visto allí, todas las noches, durante años; escuchaba aquella voz, oída todos los días por espacio de cinco años. Quizás se hallaba su mujer un tanto pálida, pero, a sus ojos, uno de sus principales atractivos había sido precisamente su delicada palidez. Quizás tenía el rostro rígido, pero aquella marmórea impassibilidad, aquel espléndido hieratismo, como de una estatua admirable que cincelase algún escultor bajo una maldición de los dioses; aquella imponente, aquella descuidada inmovilidad de sus facciones, habían, hasta allí, reflejado para él la tranquila dignidad de un alma de la cual tuvierase él –como cosa perfectamente natural– por dueño absoluto. Estos eran los signos exteriores de su diferencia para con la horda innoble que siente, sufre, fracasa, peca..., pero que carece de todo valor preciso en el mundo, excepto como contraste moral con la prosperidad de los elegidos. Habíale enorgullecido siempre la apariencia de su esposa. Tenía la absoluta y correcta franqueza de la perfección... y le horrorizaba ahora observar que no había cambiado. Así era, así hablaba, exactamente así, hacía un año, un mes..., ayer apenas, cuando ella... Lo que ocurría en su interior no alteraba nada. ¿Qué pensaba? ¿Qué significaba aquella palidez, el rostro plácido, la cándida frente, los ojos puros? ¿Qué había pensado durante todos los años transcurridos? ¿Qué pensaría ayer... hoy?, ¿qué pensaría mañana? Le era necesario averiguarlo... Y, sin embargo, ¿cómo podría saberlo? Había sido falsa para con él, para con el otro, para consigo misma; y se hallaba pronta a ser falsa nuevamente... por él. Falsa siempre. Su apariencia era mentira, mentiras respiraba, mentiras vivía..., mentiras diría... siempre, ¡hasta el fin de sus días! Y jamás sabría él lo que ella pensaba. ¡Jamás!

¡Jamás! Nadie lo sabría. Imposible saberlo.
Dejó caer los cubiertos bruscamente, como si por virtud de alguna repentina iluminación se hubiese percatado de la existencia de un veneno en su plato y decidiese mentalmente que no podría tomar un bocado más mientras viviese. La cena proseguía en aquella habitación, que por alguna causa estaba ardiendo, por momentos persistentemente, más que una estufa. Sentía la necesidad de beber. Bebía una y otra vez y, por último, recuperándose asustóse de la cantidad que había bebido, hasta darse cuenta de que no era sino agua... en dos distintas copas de vino; y el descubrimiento de la inconsciencia de sus actos lo afectó dolorosamente. Inquietóle hallarse en tan enfermizo estado de ánimo. Exceso de sensibilidad..., exceso de sensibilidad; y una parte considerable de su credo era que cualquier exceso de sensibilidad era malsano..., moralmente estéril una mancha en la humanidad práctica. La culpa era de ella. Absolutamente suya. Su pecador olvido de sí misma era contagioso. Le inspiraba pensamientos dolorosos, demoledores, que minaban la raíz misma de la vida, como mortal enfermedad; pensamientos que traen consigo temor al aire, si sol, a los hombres, como la noticia apenas susurrada de alguna pestilencia.

Las doncellas servían silenciosamente; y para evitar mirar a su esposa o contemplarse a sí mismo, Alvan las seguía con la vista, primero a una, luego a la otra, sin acertar a distinguirlas entre sí. Movíanse quedamente de un lado a otro sin que fuese posible ver de qué medio se valían, porque sus faldas tocaban la alfombra a su alrededor.

Deslizábanse de aquí hacia allá, retrocedían, se aproximaban, rígidas, en blanco y negro, con gestos precisos, sin vida en los ojos, como un par de marionetas enlutadas; y su aire de impasible indiferencia le parecía falso, sospechoso, irremediablemente hostil. Antes nunca se le hubiera ocurrido que los sentimientos o los juicios de tales gentes pudieran afectarle en modo alguno. Imaginaba que carecían de toda ambición, de principios..., de todo refinamiento y toda fuerza. Pero ahora tornábase él tan bajo que ni siquiera podía

intentar disfrazar a sus propios ojos el deseo vehemente de conocer los pensamientos íntimos de sus criados. Varias veces levantó al rostro de las dos muchachas una mirada furtiva. Pero era imposible saber. Cambiábanle los platos y, por lo demás, ignoraban en absoluto su existencia. ¡Qué duplicidad tan impenetrable! Mujeres..., nada a su alrededor, sino mujeres. Imposible saber nada. Experimentó esa punzante, terrible sensación –de peligrosa soledad que en ocasiones asalta el valor de algún aventurero solitario en un país inexplorado. Sintió que la vista de un rostro masculino, de cualquier rostro de hombre, hubiese constituido un profundo consuelo. Se sabría entonces... algo..., podría comprenderse... Decidió que era necesario tener criados hombres. Tan pronto como fuera posible emplearía a un mayordomo. Llegó el final de aquella cena, que dijérase había durado horas; legó, tomándole violentamente por sorpresa, como si hubiera esperado, como la cosa más natural, estar sentado allí toda la vida.

Pero ya arriba, en el salón, convirtiéndose en la víctima de una inquieta fatalidad, que, por ningún motivo, le permitiría tomar asiento. La mujer había caído en un sillón bajo, y tomando de una mesilla un abanico de marfil, cubríase el rostro de la luz de la hoguera. Ardían los carbones sin llama alguna, y sobre el rojo resplandor las barras verticales de la parrilla se destacaban a sus pies, negras y curvadas, como costillas carbonizadas de un sacrificio consumado. Más lejos, una lámpara, prendida a una delgada varilla de latón, ardía bajo una ancha pantalla de seda púrpura, como el centro, en las sombras de la amplia habitación, de un espectral crepúsculo que tuviera, en la tibia calidad de su tinte, algo suave, refinado e infernal. Sus pasos blandos y el apagado tictac del reloj sobre la alta chimenea respondíanse mutuamente, con regularidad, como si el tiempo y él, entregados a alguna pugna calculada, marcharan juntos, en la infernal delicadeza del crepúsculo, hacia una meta misteriosa.

Iba de un extremo a otro de la habitación, sin hacer una pausa, como viajero que, en la noche, se apresura tenazmente en una interminable

jornada. De cuando en cuando la miraba. Saber era imposible. La vasta precisión de esta idea expresaba a su práctico cerebro algo ilimitado e infinitamente profundo: la sutileza, que todo lo abarca, de una sensación, el origen eterno de su dolor. Esta mujer lo había aceptado, lo había abandonado..., había vuelto a él. Y de todo esto jamás sabría él la verdad. Jamás. Nunca, sino hasta la muerte..., no, ni después... ni el día del Juicio final, en el que todo habrá de revelarse, pensamientos y actos, recompensas y penas, porque el secreto de los corazones retornará, eternamente ignorado, al Creador Inescrutable del bien y del mal, al Señor de dudas e impulsos.

Se detuvo para mirarla. Echada hacia atrás, vuelto el rostro, no se movía, como si durmiera. ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía? Y ante su absoluta inmovilidad, en el ahogado silencio, Alvan sentíase insignificante e impotente ante ella, un prisionero encadenado. La furia de su impotencia despertó imágenes siniestras, esa facultad de atormentadora visión que, en un momento de angustioso sentido del mal, induce al hombre a gruñir amenazas o a hacer un gesto aterrador en la soledad de un cuarto vacío. Pero la racha pasional desapareció en seguida, dejándolo un poco tembloroso, con el temor maravillado y reflexivo de un hombre que se hubiera detenido al borde mismo del suicidio. La serenidad de la verdad y la paz de la muerte es dable obtenerlas sólo con una amplitud de desprecio bastante para abarcar todo provechoso vasallaje de la vida. Alvan comprendió que ya no quería saber. Mejor no. Todo había pasado. Era como si no hubiera ocurrido nunca. Y para ambos era sumamente necesario, moralmente propio, que nadie lo supiera. El hombre habló, de pronto, como concluyendo una discusión:

–Lo mejor que podemos hacer es olvidar lo ocurrido. La mujer se asustó ligeramente y cerró de golpe el abanico.

–Si, perdonar... y olvidar –dijo Alvan, como hablando consigo mismo.

–Yo no olvidaré nunca –replicó ella, con voz vibrante–. Y nunca me perdonaré.

–Pero yo, que no tengo nada que reprocharme...

–repuso Alvan, dando un paso hacia ella. La mujer dio un salto.

–No volví en busca de tu perdón –exclamó, apasionadamente, como clamando contra alguna injusta calumnia. Alvan exclamó apenas "¡Oh!", y calló. No comprendía aquella Inmotivada agresividad de su actitud, y se hallaba, verdaderamente, muy lejos de sospechar que la impremeditada sugestión de algo semejante a una emoción, que puso en el tono de sus últimas palabras, era la causa de aquel irrefrenable estallido de sinceridad. Aquello concluía de asombrarle, pero ya no sentía enojo alguno. Parecía encontrarse aturrullado por la fascinación de lo incomprensible. Ella se erguía ante él, alta e indistinta, como un negro fantasma en un crepúsculo rojo. Por último, dolorosamente inseguro sobre lo que ocurriría si abría siquiera los labios, balbuceó:

–Pero, si mi amor es lo bastante fuerte... – y vaciló. Oyó que algo chasqueaba ruidosamente en el profundo silencio. Su mujer había roto el abanico. Dos finos trozos de marfil cayeron, uno tras otro, sobre la gruesa alfombra, sin un rumor, e, instintivamente, Alvan se inclinó a recogerlos. Mientras se agachaba a los pies de la mujer, pensó que ésta tenía en sus manos un don indispensable que ninguna otra cosa en la tierra podría dar, y cuando se incorporó, sintióse penetrado de una fe irresistible en un enigma, de la convicción de tener a su alcance, y que se le escapaba, el secreto mismo de la existencia: ¡su certeza, Inmaterial y preciosa! La mujer se dirigió a la puerta y él la siguió de cerca, buscando una palabra mágica que aclarase el enigma, que forzara la entrega de aquel don. ¡Y tal palabra no existe! Sólo el sacrificio puede aclarar el enigma, y en manos de todos los hombres está el don del cielo. Pero vivían ellos en un mundo que execra todo enigma y no aprecia otros bienes que aquellos que pueden adquirirse en el mercado. Ella alcanzaba ya la puerta. Apresuradamente Alvan exclamó: –Te juro que te amaba..., que te amo aún. La mujer se detuvo por un instante casi imperceptible, apenas para lanzarle una mirada de indignación, y continuó avanzando. Esa penetración femenina, tan despierta y

tan corrompida por el eterno instinto de propia defensa, tan pronta a descubrir una maldad inevitable en todas las cosas que es incapaz de comprender, la llenó de amargo resentimiento contra aquellos dos hombres que no podían ofrecer a la espiritual y trágica lucha de sus sentimientos nada que no fuese la grosería de su materialismo abominable. En su irritación contra su propio e inútil desencanto encontraba odio bastante para ambos. ¿Qué querían? ¿Qué más quería éste? Y al mirarla su marido una vez más, cuando ponía la mano sobre el picaporte, se preguntó sí Alvan sería imperdonablemente imbécil o sencillamente innoble.

Nerviosa, y muy de prisa, replicó:

–Te engañas. Jamás me amaste. Buscabas una esposa..., alguna mujer..., cualquier mujer que pensase, hablase y se condujese de cierta manera..., de cierta forma que mereciese tu aprobación. Te amabas a ti mismo.

–¿No me crees? –inquirió él lentamente.

–Si hubiera creído que me amabas... – respondió ella con pasión, y se contuvo, respirando largamente; y en aquella pausa Alvan percibía en los oídos el golpe persistente de la sangre-. Si lo hubiera creído..., no hubiera vuelto nunca –concluyó frenéticamente.

Como si no hubiera oído, Alvan continuó con la mirada fija en el suelo. Ella aguardaba. Pasado un instante, Alvan abrió la puerta y, en el descanso, la ciega mujer de mármol surgió, arrojada hasta la barba, arrojándoles ciegamente un puñado de luces.

El hombre parecía haberse sumergido en tan profunda meditación que, ya para salir, ella se detuvo para mirarlo, sorprendida.

Mientras la mujer hablaba, él había estado vagando por el sendero del enigma, yendo de aquel mundo de los sentidos a la región de los sentimientos, ¡Qué importaba lo que la mujer hubiera hecho, lo que hubiera dicho, si en el dolor de sus actos y de sus palabras él encontrase la clave del enigma, ¡No es posible la vida sin amor y sin fe!..., ¡fe en un corazón humano!, ¡amor a un ser humano! Esa chispa de gracia, cuyo apoyo, una vez siquiera en la vida, es el privilegio de los más indignos, abríale de par en par las puertas del más allá, y al contemplar allí la certeza inmaterial

y divina, olvidó Alvan todos los locos accidentes de la existencia: la bendición del lucro, la alegría del goce, todas las variadas y tentadoras formas de una codicia que gobierna un mundo de placeres torpes, de dolores miserables. ¡Fe! ¡Amor!... La fe absoluta y clara en la bondad de un alma..., la enorme ternura, profunda como el mar, serena y eterna como el trozo infinito del espacio sobre las pasajeras tormentas de la tierra.

Aquello era lo que él buscara toda la vida... Y hasta entonces, por primera vez, lo comprendía. En el dolor de perder a su mujer hallaba él la comprensión. ¡Ella poseía el don! ¡Poseía el don! Y en el mundo entero era ella el único ser humano que podía entregarlo a su inmenso deseo. Avanzó un paso, alargando los brazos como para atraer a su pecho a la mujer, y, al levantar la cabeza, tropezó con tal mirada de estúpida consternación, que dejó caer los brazos como si de un golpe se los hubieran roto. La mujer se separó de él, tropezó en el umbral y, al salir al descanso, se volvió, ligera y encogiéndose. La cola de su vestido silbó al revolotear alrededor de sus pies. No disfrazaba su terror. Jadeaba mostrando los dientes, y el odio a la fuerza, el desdén a la debilidad, la eterna preocupación del sexo irrumpieron como un muñeco fuera de una caja de sorpresa. –Esto es odioso – chilló.

Alvan no se estremeció, pero la mirada de su esposa, sus agitados movimientos, el sonido de su voz, eran cómo niebla de hechos que surgiera, espesándose por momentos, entre él y aquella visión de amor y fe. Desvanecióse; y el mirar aquel rostro triunfante y desdeñoso, aquel rostro blanco, furtivo e inesperado como si le hubiera descubierto en una emboscada, Alvan volvió lentamente al mundo de los sentidos. Su primera idea clara fue: "Estoy casado con esa mujer"; y la siguiente: "No me dará nunca más de ID que veo." Sentía la necesidad de no ver. Pero el recuerdo de la visión, el recuerdo que mora siempre dentro del que sabe ver, llevóle a decir a la mujer, con la ingenua austeridad de un converso asustado al toque de un nuevo credo: "No posees el don". Le volvió la espalda, dejándola completamente aturdida. Y ella

subió lentamente las escaleras, luchando con la desagradable sospecha de haber tropezado con algo más sutil que ella misma, más profundo que el trágico y mal comprendido combate de sus sentimientos.

Alvan cerró la puerta del salón y se paseó al azar, solo entre las sombras espesas del crepúsculo, como en algún elegante lugar de perdición. Su mujer no poseía el don..., nadie lo poseía... Pisó un libro que había caído de una de las mesillas repletas. Recogiendo el breve volumen, con él en las manos se aproximó a la lámpara de pantalla púrpura. El fuerte tinte de la cubierta y las complicadas letras doradas que se alargaban sobre ella en masa intrincada surgían resplandeciendo rojizamente.

"Espinass y Arabescos." Leyó aquello dos veces: "Espinass y Ara..." El libro de versos del otro. Lo dejó caer a sus pies, pero sin experimentar el menor impulso de celos o cólera. ¿Qué sabía él?... ¿Qué?... En la parrilla rodó la masa de carbones ardientes y Alvan se volvió a mirarlos... ¡Ah! Aquel se hallaba pronto a renunciar a todo por aquella mujer... que no llegó... que carecía de la fe, del amor, del valor para ir. ¿Qué aguardaba aquel hombre?, ¿qué esperaba?, ¿qué deseaba? Aquella mujer... ¡o la certeza preciosa e inmaterial! El primer pensamiento generoso que tuvo fue para aquel que estuvo dispuesto a hacerle un mal tremendo. No sentía rencor alguno. Entristecíale un dolor impersonal, una vasta melancolía, como si toda la humanidad anhelase algo inasequible. Sintió el imperio de su fraternidad para con todos... aun para con aquél... particularmente para con aquél. ¿Qué pensaría ahora el otro? ¿Habría dejado de aguardar?... ¿habría dejado de esperar? ¿Nunca dejaría de aguardar y esperar? ¿Comprendería alguna vez que aquella mujer, a la que faltara el valor, no poseía el don?... ¡No poseía el don!

El reloj comenzó a sonar, y la profunda vibración llenaba la pieza como con el sonido de una campana enorme que tañera a lo lejos. Alvan Hervey contó los toques. Doce. Llegaba otro día. El mañana había llegado; el mañana, misterioso y embustero, que atrae a los hombres que desdeñan el amor y la fe, conduciéndolos por las dolorosas futilidades de

la vida hasta la adecuada recompensa de una tumba, Contó las campanadas y, con la mirada en la parrilla del hogar, parecía aguardar unas nuevas. Luego, como si lo hubieran llamado, abandonó la habitación con pasos firmes. Ya afuera, escuchó unos pasos y se detuvo. Escuchó el golpe de un cerrojo..., luego un segundo. Cerraban... incomunicando su deseo y su desencanto de la indignada crítica de un mundo atestado de bienes nobilísimos para aquellos que se dicen sin mancha y sin reproche. Se hallaba seguro, y por todas partes, rodeando su morada, serviles temores y esperanzas dormían, soñando en –el triunfo, tras la severa discreción de las puertas, tan Impenetrables a la verdad Interior, como el granito de las lápidas. Corrióse un cerrojo, resonó una cadena. ¡Nadie sabría!

¿Por qué era que semejante certeza de seguridad resultaba más pesada que un fardo de temores? ¿Y por qué era que aquel día, apenas iniciado, se le antojaba, obstinadamente, el último día de todos... como un hoy sin mañana? Sin embargo, nadie había cambiado, pues nadie sabría; y todo iba a proseguir como siempre: el lucro, el goce, la bendición del deseo todos los días aplacado, el noble incentivo de las ambiciones insatisfechas. Toda, todas las bendiciones de la vida, todas, excepto la certeza preciosa e inmaterial..., la certeza del amor y la fe. Creía que la sombra de aquélla le había acompañado siempre, que aquélla presencia invisible había gobernado siempre su vida. Y ahora que la sombra había surgido y desvanecídose, él se hallaba imposibilitado de apagar su anhelo de poseer la verdad de su substancia. Su deseo de poseerla era sencillo y natural; dominador como las aspiraciones materiales que sirven de base a la existencia, pero, a diferencia de éstas, inconquistable. Era el suyo el sutil despotismo de una idea que no tolera rival ninguno, que vive solitaria, inconsolable y peligrosa. Alvan subió lentamente las escaleras. Nadie sabría. Continuarían corriendo los días, y él iría lejos, muy lejos. Si aquella idea era indomeñable, no lo eran los hombres, la fortuna, el mundo entero. La enormidad de aquella perspectiva lo deslumbró, y la brutalidad de un instinto práctico le gritó que

sólo lo que es dable de obtenerse vals la pena poseer. Se arrastraba, trepando las gradas. En el *hall* se habían apagado las luces y abajo revoloteaba una ligera llama amarilla. Sintió un repentino desprecio de sí mismo, que lo fortificaba. Seguía subiendo, pero ante la puerta de la cámara común, y ya alargando el brazo para abrirla, vaciló. En el descanso inferior de la escalera surgía la cabeza de la doncella que cerraba las puertas. Alvan, dejando caer el brazo, pensó: "Esperaré hasta que se vaya", y se refugió bajo los pliegues perpendiculares de un *portière*. Vio subir gradualmente a la muchacha, como surgiendo de un pozo. En cada escalón la frágil llama de la bujía vaciaba ante su rostro, joven y cansado, y la oscuridad del *hall* parecía colgarse a sus faldas negras, seguía tras ella, ascendiendo como silenciosa inundación, como si la enorme noche del mundo hubiera irrumpido al interior atravesando la reserva discreta de los muros, de las puertas cerradas, de las ventanas encortinadas. Trepaba por los escalones, saltaba a los muros come ola furiosa, corría sobre los cielos azules, sobre las arenas amarillas, sobre *si* sol luminoso de los paisajes y sobre la amable tragedia de inocencia harapienta y humilde miseria. Tragóse el idilio exquisito a bordo de un bote y le mutilada inmortalidad de famosos bajorrelieves. Manaba del exterior, elevándose continuamente, en un silencio destructor. Y sobre todo ello, la mujer de mármol, compuesta y ciega en su alto pedestal, parecía detener la noche devoradora con un racimo de luces. Alvan observaba con impaciencia la marea ascendente de impenetrables tinieblas, como ansioso de que llegara una oscuridad lo bastante negra para encubrir una bochornosa rendición. La marea se aproximaba. Apagóse el racimo de luces. Subió la muchacha, mirándolo. A su espalda, la sombra de una mujer colosal danzaba ligera sobre el muro. Mientras pasaba la doncella, silenciosa, los párpados pesados, Alvan contuvo el aliento. Y tras ella, la móvil marea de un océano tenebroso llenó la casa, pareció remolinar a sus pies y, levantándose impetuosa, cerróse silenciosamente sobre su cabeza.

Había llegado la hora, pero el hombre no abrió la puerta. Nada se agitaba; y en vez de rendirse a las razonables exigencias de la vida. Alvan huyó, el corazón rebelde, a la tenebrosa oscuridad de la casa. Era ésta el refugio de una noche impenetrable, como si en verdad el último día hubiera llegado y transcurrido ya, dejándole solo en una oscuridad sin mañana. Y abajo, surgiendo vagamente, lívida e inmóvil como paciente espectro, la mujer de mármol levantaba en la noche un puñado de luces extinguidas.

Su dócil pensamiento trazó la imagen de una vida ininterrumpida, la dignidad y las ventajas de un continuado éxito, mientras el corazón rebelde le golpeaba violentamente dentro del pecho, como enloquecido por el deseo de lograr la inmaterial y preciosa certeza..., la certeza del amor y la fe. Pero ¡qué importaba la noche que llenaba su hogar, si el exterior le brindaba el sol en el cual siembran los hombres, en el cual los hombres recogen! Nadie sabría. Pasarían los días, los años, y... Recordó que había amado a su mujer. Los años pasarían... Y pensó en ella entonces como pensamos en los muertos: con una tierna inmensidad de arrepentimiento, con un apasionado anhelo de recobrar las perfecciones idealizadas. La había amado..., la había amado..., y él no sabría nunca la verdad... Los años pasarían en la angustia de la duda... Recordaba Alvan su sonrisa, sus ojos, su voz, sus silencios, como si la hubiese perdido para siempre. Pasarían los años, y él habría siempre de desconfiar de su sonrisa, sospechar de sus ojos: dudaría siempre de su voz, jamás tendría fe en su silencio. ¡Su mujer no poseía el don!, ¡no poseía el don! ¿Qué era ella? ¿Quién era?... Correrían los años; desvaneceríase el recuerdo de esta hora... y la mujer compartiría a su lado la material serenidad de una existencia sin mancha. No alimentaba ella amor ni fe algunos para nadie. Entregarle el pensamiento, la fe, era como susurrar una confesión al borde del universo. Nada responde..., ni siquiera el eco. En el dolor de aquella idea nació su conciencia; no esa temor del remordimiento que crece lentamente y lentamente decae entre los complicados hechos de la vida, sino una

sabiduría divina surgiendo, en toda su madurez,
de su corazón, armada y severa, después
de la prueba, pronta a combatir la oculta miseria
de los motivos. Comprendió, en un relámpago,
que no es la moralidad un método
de dicha. La revelación fue terrible. Se dio
cuenta en seguida que nada de lo que él sabía
importaba nada. Los actos de hombres y
mujeres, el triunfo, la humillación, la digni-
dad, el fracaso..., nada Importaban. No era
cuestión de un mayor o menor dolor, de esta
alegría, de aquella pena. Era cuestión de verdad
o mentira: una cuestión de vida o muerte.
Alvan se erguía en la noche reveladora, en
la oscuridad que pone *-a* prueba los corazones;
en la noche inútil a la obra de los hombres,
pero durante la cual su mirada, a la que
no alcanza a deslumbrar la luz de días codiciosos,
vaga con frecuencia hasta llegar a las
estrellas. La absoluta inmovilidad que lo rodeaba
tenía algo de solemne, pero ocurriósele
a Alvan que aquélla era la solemnidad engañosa
de un templo dedicado a los ritos de
alguna secta corruptora. El silencio que alentaba
entre los muros hablaba elocuentemente
de una vasta seguridad, pero a él le pareció
inquietante y siniestra, como la disimulación
de alguna infamia provechosa; era aquélla la
paz prudente de una guarida de monederos
falsos, de una casa de mala reputación. Pasarían
los años... y nadie sabría. ¡Jamás! Jamás,
sino hasta la muerte..., no, ni aun después...
-¡Jamás! -gritó Alvan a la noche reveladora.
Y vaciló. El secreto de los corazones, demasiado
espantoso para el ojo tímido del
hombre, retornaría, velado para siempre, al
Creador Inescrutable del bien y del mal, al
Señor de dudas e impulsos. Había nacido su
conciencia; escuchó su voz, y vaciló, sin parar
mientes en la fuerza interior, la fuerza
fatídica, ¡el secreto de su corazón! Tremendo
era el sacrificio de arrojar toda una vida, la
propia, en el fuego de una nueva fe. Alvan
clamaba ayuda para sí, contra el cruel decreto
salvador. La necesidad de una tácita complicidad,
la idea de hallarla donde jamás lo
abandonara, el hábito adquirido en tantos
años se impusieron en él. Quizá ella le ayudaría...
Abrió la puerta y entró precipitadamente,
como un fugitivo.

Se halló en medio de la habitación antes que notara otra cosa que el deslumbrante resplandor de las luces, y luego, como en relieve y como flotando en él, a la altura de sus ojos, Alvan vio aparecer la cabeza de una mujer. Su esposa había saltado al irrumpir él en la estancia.

Se contemplaron mutuamente, por un instante, como aplastados e inmovilizados de asombro. Los cabellos de la mujer, desparramados sobre sus hombros, destellaban como oro fundido. Alvan asomóse al insondable candor de sus ojos. No había nada allí..., nada, nada.

–Quiero..., quiero... sa... saber.

Unas sombras revoloteaban en la cándida luz de aquellos ojos; sombras de duda, de sospecha, la pronta sospecha de un inextinguible antagonismo, la lastimosa desconfianza de un eterno instinto de defensa; el odio, el odio profundo y reconcentrado a una emoción incomprensible y abominable que forzaba su grosero materialismo en la lucha espiritual y trágica de sus sentimientos.

–Alvan, no puedo tolerar esto...–. Repentinamente, la mujer principió a jadear: –Tengo derecho..., tango derecho a... a...

Alvan levantó un brazo, y su aspecto era tan amenazador, que ella calló, asustada, y retrocedió unos pasos.

El hombre permanecía con la mano en alto... Correrían los años... y tendría él que vivir con aquel candor insondable en el que flotaban sombras de sospecha y de odio...

Correrían los años sin amor y sin fe...

–¿Puedes soportarlo? –gritó él, como si ella hubiera podido escuchar todos sus pensamientos.

El aire de Alvan era amenazador. La mujer pensó en la violencia, en el peligro... y, por un instante apenas, dudó de que pudieran existir en la tierra esplendores bastantes como para cubrir el precio de tan brutal experiencia.

El hombre rugió de nuevo:

–¿Puedes soportarlo? –y sus ojos relampaguearon como si estuviese loco.

Los ojos de su esposa llamaron también.

Ella no podía distinguir el clamor formidable de sus pensamientos. Sospechó en Alvan algún repentino arrepentimiento, un renovado ataque de celos, un indecoroso deseo de evasión.

Irritada, gritó:

–¡Sí!

Alvan se sintió sacudido, como si luchara por romper lazos invisibles. La mujer temblaba de pies a cabeza.

–¡Pues bien, yo no!

Y azotó los brazos, como para apartar de sí a la mujer de un empujón, y escapó de la habitación. Cerróse la puerta con un golpe. Ella dio dos rápidos pasos adelante, rígida, mirando a los tabiques blancos y dorados. Ningún rumor llegaba de más allá, ni un susurro, ni un suspiro; ni un paso siquiera se dejaba oír afuera, sobre la espesa alfombra; como si Alvan, apenas ido, hubiera expirado repentinamente..., como si hubiera muerto allí y su cuerpo se hubiera desvanecido al instante, al mismo tiempo que su alma. La mujer aguzó el oído, los labios entreabiertos, irresolutos los ojos. Luego, allá abajo, muy abajo de ella, como en las entrañas de la tierra, una puerta azotó violentamente, y al golpe, la casa vibró del techo a los cimientos más que bajo un trueno tormentoso. Alvan no regresó nunca.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo